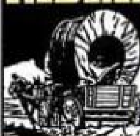
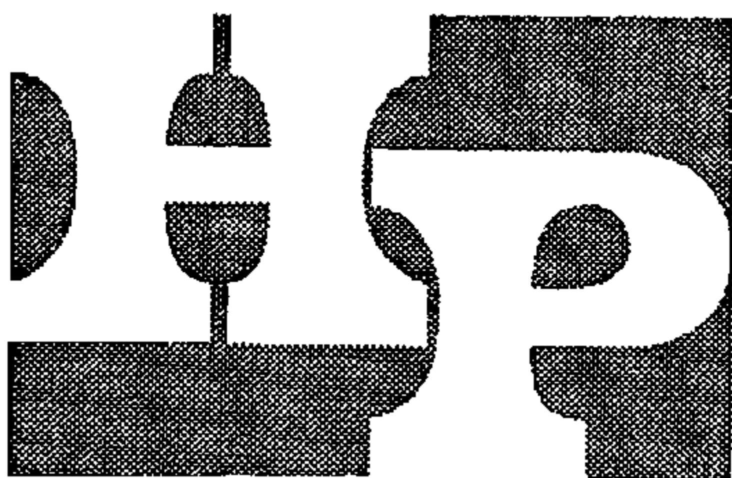
BOLSILIBROS BRUGUERA



Silver Kane

CARRERA SALVAJE





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

CARRERA SALVAJE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 337
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 16587-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: junio, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El joven puso dos dólares en la mano del mayoral de la diligencia y murmuró con una sonrisa:

—Gracias por haberme facilitado plaza en el primer coche que sale, amigo. Necesitaba con verdadera urgencia hacer ese viaje.

—Pues no se entretenga, o lo va a perder. Salimos dentro de cinco minutos.

—Descuide, no me entretengo más.

El joven tomó su maletín y salió de la casa de postas, encaminándose hacia la diligencia, que ya esperaba con los caballos piafando impacientes y a punto de arrancar.

Era un hombre que difícilmente hubiese pasado inadvertido en ninguna parte.

Alto, rubio, de facciones tostadas por el sol, parecía uno de esos tipos que se ganaban la vida con la nueva profesión que estaba haciendo furor en las ciudades del Oeste: el boxeo.

El mayoral miró la tarjeta que el individuo aquel le había dado al pedirle pasaje.

Don Fulgencio Matamoros
VIAJANTE DE COMERCIO
Especialista en prendas finas de señora y géneros para la infancia.

Se rascó la barba y masculló:

—Esto es una trola.

Porque ni aquel tipo, que hablaba un perfecto inglés, se llamaba Fulgencio Matamoros, ni podía ser viajante especialista en prendas

finas de señora. Que le matasen Si aquel fulano no era un pistolero.

Pero todo eso ya tendría tiempo de averiguarlo durante el viaje. El desconocido —porque seguía siéndolo para él— iba hasta el final de la línea. Ocasión tendría para saber de qué pie cojeaba.

El joven fue a subir al carruaje. Viajaría con el maletín sobre las rodillas. Estaba doblemente satisfecho: por haber conseguido pasaje y porque en la diligencia, según acababa de ver, viajaba una mujer de bandera.

Tenía ya un pie en el estribo cuando, de repente, algo duro y metálico se clavó entre sus riñones.

El joven —que, por supuesto, no se llamaba Fulgencio, ni mucho menos— improvisó una risita de conejo.

—Ca… caramba… ¡Yo imaginaba que estabais muy lejos de aquí!

—¿Sí, eh?

—¡Qué alegría me habéis dado!

—¿Sí, eh?

Jim se volvió.

Detrás suyo estaban dos hombres de aproximadamente su misma edad. Vestían con cierta elegancia, pero se adivinaba en ellos la desenvoltura del hombre acostumbrado a la pradera y a la libertad. Empuñaban «Colt» de esos que a uno le ponen la piel de gallina cuando se lo acercan a la cara.

—De veras… ¡Imaginaba que estabais muy lejos!

—Y querías ganarnos por mano, ¿verdad?

—¡Yo sólo iba a dar una vuelta por ahí!

—Claro… Por ahí.

—¡Qué mal pensados sois, muchachos! ¿Es que me creéis capaz de…?

—Te creemos capaz de eso y de mucho más. Hala, baja.

Jim se resignó.

Y como a causa de los dos revólveres no podía intentar ninguna treta, fue hacia el mayoral, encogiéndose de hombros.

—Ya ve que por causas ajenas a mi voluntad no puedo emprender el viaje —murmuró—. Supongo que será tan amable de devolverme el importe del pasaje.

—Que se lo devuelva su mamá, señor Matamoros.

—¿Cómo me ha llamado?

—Señor Matamoros… ¿O es que hace tan poco rato que inventó ese nombre que ya ni lo recuerda?

—Ah, sí… Perdone.

—Espero que tenga mucho éxito vendiendo géneros de señora. Debe ser algo sensacional, sobre todo si usted los prueba.

—Mire, amigo, menos juerga.

Los dos «Colt» ya le estaban empujando hasta la esquina. Tuvo que resignarse.

—¿Es que vais a disparar?

—Por esta vez, no. Pero si tratas de engañarnos de nuevo, lo pagarás con un agujerito en la cabeza. Sólo con eso.

—Caramba, no hay que tomárselo así…

—Recuerda lo que te hemos dicho. Te juegas la piel si lo intentas otra vez, Jim. Y ahora…, ¡largo!

Jim se llevó la mano al sombrero, saludó y se largó.

Por esta vez, las cosas habían salido mal.

Pero los dos tipos del «Colt» estaban bien listos si creían que se iba a dar por vencido…

* * *

El carro lleno de barriles estaba cargado hasta los topes. En los costados del mismo, pintados en letra amarilla sobre la madera verde, había dos grandes anuncios que decían:

> «Cerveza Kitchener. La mejor de este mundo. Si quiere encontrarla más buena, se tiene que ir al otro».

La gente miraba aquel anuncio y reía. Algunos preguntaban si aquella cerveza, de marca hasta entonces desconocida, iba a venderse en la población.

—No, No… Desgraciadamente, no. Todos estos barriles son de muestra. Los llevo más al Oeste.

El tipo que daba estas explicaciones era un cincuentón de cabellos color rubio pajizo, con enormes mostachos del mismo color y abultada tripa de buen cervecero.

Llevaba un delantal blanco y mascaba un bocadillo de salchichas valiéndose de una mano, mientras con la otra sostenía una enorme

jarra de cerveza.

Cuando lo hubo terminado todo, cosa que ocurrió en un santiamén, se dispuso a subir al pescante del carro.

—Bueno, amigos… Les prometo que pronto tendrán esta cerveza en San Luis también. Y ahora me voy hacia el Oeste, donde los buenos bebedores aullarán de entusiasmo al probarla. ¡Abuuuur!

Y se dispuso a hacer oscilar el largo látigo sobre las espaldas de los caballos; pero en aquel momento una voz dijo con suavidad, al pie del pescante:

—Tienes mucha prisa, Jim.

—¿Qué? ¿Cómo dice, señor?

—Esta vez has elegido un bonito nombre.

—Es el mío auténtico, señor. Yo me llamo Kitchener.

—¿Sí? Pues no sé por qué me parece que vas a hacer lo que dices en tu anuncio. Vas a irte a buscar una cerveza mejor al otro barrio.

—¡Pero, caballeros! ¿Cómo se atreven…?

De los dos hombres que estaban junto al pescante, amenazándole con sus revólveres, uno se mantuvo en el mismo sitio, mientras el otro subía.

Llevaba un largo clavo en la mano.

Pinchó de repente al cervecero en la tripa y el otro no dijo nada.

—¿Es que no te ha dolido?

—Yo… soy muy sufrido.

Le volvió a pinchar, y el otro chilló entonces, pero a destiempo.

—Más valdrá que te quites el almohadón, Jim. Aunque reconozco que lo llevas bien puesto. Le das el pego a cualquiera con esa falsa tripa.

Jim se encogió de hombros.

Otra vez le habían cazado bien.

Creí que esta vez la treta tendría éxito —mascullό—. Sólo me faltaba arrear a los caballos…

—¡Fuera el almohadón!

Por debajo del delantal y de la camisa, Jim extrajo aquel utensilio que le había servido para simular una tripa que estaba muy lejos de tener. Porque él, precisamente, era liso como una tabla. Sólo era ancho de costado, es decir, de músculos dorsales y de bíceps.

Pareció un cervecero que se desinfla. El que estaba abajo, preguntó:

—¿Es buena tu cerveza, Jim? ¿Es tan excelente como pregonas en tu anuncio?

—Yo no engaño nunca a nadie. ¡Claro que lo es!

—Voy a probarla.

—Como quieras, hombre, como quieras. Después de lo que me habéis fastidiado, ya no importa un poco más.

Apuntó a uno de los barriles e hizo fuego, mientras su compañero seguía amenazando a Jim.

Un chorro oscuro salió inmediatamente por el hueco.

—¡Magnífico! ¡Y es cerveza negra! ¡De la que a mí me gusta!

Puso la boca en el chorro y de pronto lanzó un aullido, mientras escupía velozmente.

—¡Maldito! ¿Pero qué infiernos es esto?

—No te vas a morir, hombre —dijo Jim cachazudamente, desde arriba—. Que yo sepa, el alquitrán mezclado con agua nunca ha matado a nadie.

—¡Infiernos! ¡Pero revuelve las tripas!

—Mi cerveza es para hombres de verdad, no para señoritas.

—¡Te voy a…!

El otro alzó la culata del revólver para arrastrarle a Jim.

—Bah, déjalo.

De un empujón lo enviaron abajo. Jim no se resistió.

Más valía no irritarles, porque demasiada suerte tendría si salvaba la vida otra vez.

Los dos le apuntaban con sus «Colt».

Sus facciones estaban demudadas, crispadas por una doble mueca de odio.

—Dale tú, Robert.

—No, Jackson. Hazlo tú.

—¡Maldita sea! ¡Los dos a la vez!

Jim les miraba sin moverse, con los ojos entrecerrados. No llevaba armas.

Pero confiaba en que nadie dispararía, y eso fue exactamente lo que sucedió.

Los dos guardaron las armas.

—Tienes suerte… Nos da asco matar a un tipo como tú a sangre

fría. Pero es la última vez que te avisamos. Ahora va de veras… ¡De aquí sólo saldrás muerto!

* * *

El ataúd, cargado por cuatro hombres, salió lentamente del pequeño templo de la ciudad.

Desde la calle se oían los últimos compases del himno de réquiem.

La mujer vestida de negro iba detrás, llorando desconsoladamente.

Sus poderosas curvas resaltaban bajo la tela del ceñido dos piezas, y en sus labios rojos destacaba una mueca patética.

—¡Mi pobre Mike! ¡Mi marido adorado, padre de mis hijos! ¡Dejarme ahora así, convertida en una pobre viuda! ¡No podré resistirlo! ¡Sé que no podré!

Los hombres taciturnos que asistían a aquella conmovedora escena se miraban unos a otros.

—¡Pobre mujer!

—¡Tan jovencita y sin nadie que la consuele!

—¿Quién era su marido?

—No sé, nadie lo conocía.

—¿Un forastero?

—Eso es.

La mujer seguía gimiendo.

—¿Por qué me has dejado tan sola, John? ¡No podré resistirlo! ¿Qué haré sin tu cariño?

Uno de los hombres dio un codazo al de su derecha.

—¿Te has fijado?

—¿Fijarme en qué? ¡Si no enseña nada!

—No me refiero a la viuda, sino a lo que ha dicho.

—No te entiendo.

—¿Cómo se llama el difunto?

—Pues… estaba gritando que se llamaba Mike.

—Y ahora acaba de decir que se llama John.

En aquel momento un hombre joven se despegó de la pequeña muchedumbre que presenciaba el paso del cortejo.

Los cuatro que transportaban el ataúd ya iban a dejarlo sobre el carromato que se lo llevaría de la ciudad.

Pidió permiso a uno de ellos.

—Por favor, déjeme.

—¿Quiere ocupar mi puesto?

—Sí… El difunto era un gran amigo mío. Para mí es un honor acompañarle en su último viaje.

—Bueno, como quiera. Total, a mí me pagan igualmente…

Le cedió su puesto.

El hombre que acababa de colocarse bajo el ataúd extrajo disimuladamente un largo clavo de uno de sus bolsillos.

Era afilado como un estilete.

Calculó el sitio que más o menos correspondía a las respetables nalgas del respetable difunto, y metió el clavo hasta el fondo.

Inmediatamente se escuchó un alarido.

La tapa del ataúd se alzó, y el difunto quedó sentado en él, mirando asombrado a todas partes y llevándose una mano a la parte dolorida.

Desde una de las esquinas del pequeño templo brotó una voz:

—¡Jim!

El del clavo soltó el ataúd, que cayó estrepitosamente a tierra, difunto incluido.

Dos «Colt» le apuntaban.

—¡Vamos a convertirte en difunto de una condenada vez!

—¡Esta vez se han acabado las bromas, perro!

Jim murmuró:

—Bueno, al fin y al cabo, ya tengo el entierro pagado…

—Creías que este truco no fallaría, ¿eh?

—Y no comprendo cómo ha podido fallar.

—Pues porque a tu «viuda» la vimos bailar en Wichita hace un mes.

—Nos extrañaba tanto «desconsuelo».

—Y además se equivocaba de nombre cada vez que lloraba por ti. Debías haberle enseñado mejor la lección.

Jim se rascó la nuca.

—Sí, ya podía haber imaginado que no era muy lista. Tiene demasiadas piernas para, además, tener cabeza…

La mujer se acercó a él, poniendo los brazos en jarra.

—¿Qué dices de mi cabeza?

—Nada, nada… Yo hablaba de tus piernas.

—Ah, pensaba.

Los dos hombres seguían apuntándole.

—Cuando me registréis después de apiolarme, dadle cien dólares a ella —murmuró—. Es la mitad de lo que llevo encima. Se los había prometido por la comedia.

—¡Caray, pues no es mal negocio! ¡Le sale a dólar la lágrima!

Ella seguía con los brazos en jarras.

—Supongo que, además, me podré quedar con el vestido de viuda. El negro me cae bien.

—Sí, mujer. Al fin y al cabo, ¿para qué lo quiero yo?

—Y la ropa interior, ¿qué?

La mujer se alzó la falda, dejando ver un panorama que por poco causa varios difuntos entre el público, pero éstos de verdad.

—También te la puedes quedar, nena. Pero ha de ser con la condición de que me llores otro poquito cuando estos caballeros me dejen convertido en un colador. Y no te equivoques tanto de nombre.

—Te lloraré toda la vida, James.

—¡Me llamo Jim!

—Bueno, el nombre es lo de menos. El caso es que tú estarás siempre grabado en mi memoria.

Los dos hombres, Robert y Jackson, seguían apuntándole.

Se notaba que estaban nerviosos, a punto de disparar.

Jim sabía que no le perdonarían esta vez. Había jugado con todas las consecuencias y había perdido. Era justo que pagase.

Se puso en pie porque no quería morir tumbado en tierra, y menos dentro de un ataúd.

Ni siquiera escuchó la detonación. Sólo sintió un vivo dolor cuando cayó pesadamente a tierra.

CAPÍTULO II

Los tres caballos estaban en línea.

El transbordador los había dejado en el lado oeste de San Luis, junto a la orilla derecha del inmenso río Mississippi, que en aquella época del año bajaba más crecido que nunca.

Parecía la salida de una carrera.

Los corceles estaban impacientes, tenían los cuellos tensos.

Los jinetes iban vestidos de modo muy parecido. Ropas ligeras de cow-boy, un revólver cada uno y un rifle.

Jackson preguntó:

—¿Listos?

—Listo —dijo Robert.

Este último la verdad era que tenía la voz un poco apagada.

La herida en el muslo izquierdo aún le hacía cojear un poco. Habían querido darle un buen escarmiento, sin llegar a matarle. Y la verdad era que nunca olvidaría los días que había pasado, con elevadísima fiebre y pensando que ya no volvería a andar nunca más.

Pero ahora todo estaba resuelto.

Ahora la gran carrera empezaba.

Estaban los tres en la milla cero de su gran ruta hacia la fortuna o hacia la muerte. No sabían si alguno conseguiría llegar. A sus espaldas tenían el inmenso río, el llamado «padre de las aguas». Y enfrente tenían… ¡el Oeste!

Ninguno tenía ventaja sobre los demás. Los tres intentos de Jim para ganar por piernas a sus compañeros, habían fracasado estrepitosamente.

Jackson gritó:
—La gran aventura empieza. ¿Listos?
—Sí.
—Sí.
Las dos voces habían sido secas, rápidas.
—Pues entonces…, ¡adelante!
Los tres clavaron espuelas; los caballos partieron al galope tendido.
Sabían de sobra que no podrían llegar así hasta su destino; que incluso habría que cambiar de caballo más de una vez.
Estaban ahora en la confluencia de Missouri e Illinois. Y tenían que atravesar todo el Oeste para llegar… ¡hasta Nevada!
Había que atravesar llanuras donde no imperaba la ley, ciudades que habían enterrado ya a su *sheriff*, vadear ríos donde aún acechaba la muerte india y adentrarse en las anfractuosidades de las Rocosas.
Había, por fin, que encontrar lo que buscaban.
La fortuna o la muerte.
Las nubes de polvo que constantemente dejaban atrás, al galope de sus caballos, se habían ido distanciando.
Los tres hombres que habían arrancado juntos ya no seguían ahora juntos, ni mucho menos. Cada uno había trazado cuidadosamente su ruta, en secreto, sin decir nada a los otros.
Había puntos en que valía la pena desviarse cincuenta millas para encontrar un punto en que el río que había que atravesar fuera vadeable, ya que en las comarcas salvajes que iban a recorrer no encontrarían transbordadores ni barcas. Si por la obsesión de ir en línea recta se encontraban con el río crecido, podían perder una semana entera esperando tener la oportunidad de cruzarlo.
Eso hacía que cada uno siguiera una ruta distinta.
Jim miró hacia atrás y no vio más que el vacío, la llanura pelada. Sus dos compañeros, en ese caso sus dos rivales, se habían perdido de vista.
Era posible que no volvieran a tropezarse nunca más.
Se secó el sudor que perlaba su frente y consultó con su memoria. No había trazado ningún plano para que los otros no lo descubrieran; todo estaba dentro de su cabeza, todo estaba en sus recuerdos.

Conocía el país lo suficiente para no perderse. Por lo menos lo conocía hasta el centro de Kansas.

Para más allá había consultado los elementales mapas y planos de la región. Aquellos mapas habían sido trazados por los guías de caravanas y se limitaban a marcar unas rutas, dejando de lado todo lo que había a derecha e izquierda.

A ninguno de los tres le convenía seguir por las rutas de caravanas, pues éstas no eran las más cortas, sino las más seguras para los pesados carromatos de los emigrantes. En ese plan no hubieran llegado nunca. Tenían que encontrar caminos más rectos y hacer trabajar la imaginación y la audacia.

Los planos de las comarcas, en esas condiciones, servían de bien poco.

Jim oteó el horizonte y vio que todo estaba formado por suaves colinas.

No se distinguía a nadie en todo lo que la vista abarcaba.

Picó espuelas y se adentró entre las colinas. Su caballo no estaba cansado aún; ahora marchaba a un trote alegre y confiado.

De repente Jim aguzó el oído.

Le parecía haber escuchado unos gritos de mujer.

Desvió el caballo hacia aquel lado y bordeó la colina. El terreno era suave y estaba cubierto de hierba. Al mismo tiempo daba una gran sensación de soledad.

El grito se repitió ahora con auténtica desesperación. Jim picó espuelas de nuevo.

No tardó en ver lo que ocurría.

Lanzó un grito de rabia y se lanzó al galope.

La mujer ya estaba en el suelo, y el canalla que tenía junto a ella la zarandeaba brutalmente. Sus intenciones estaban bien claras. En cuanto a ella, a distancia parecía muy joven y endiabladamente bonita.

El tipo que ya la tenía casi dominada oyó el galope del caballo.

Se volvió velozmente, empuñando el revólver.

Jim hizo un solo disparo. Había sido uno de los mejores tiradores del ejército, durante la guerra que acababa de terminar. No fallaría un balazo a aquella distancia.

El revólver del rufián voló. Éste se llevó a un costado la dolorida mano derecha, que había sido rozada por el proyectil.

La muchacha gemía en el suelo.

Sus ropas estaban casi completamente desgarradas.

En efecto, era muy joven y muy bonita. Jim, que había visto a muchas mujeres que valían la pena, pensó que a aquélla podía colocarla en primera fila.

Descendió del caballo.

El rufián aún trató de acercarse a él. Manejaba un cuchillo con la izquierda.

Jim ni se molestó en moverse de su sitio.

Disparó el puño izquierdo y cazó la mandíbula a su adversario. Éste lanzó un grito y cayó hacia atrás, soltando el arma.

La muchacha sollozaba. Trataba de cubrirse como mejor podía.

—No tema —susurró Jim—. Lo malo ha pasado ya. Tranquilícese.

El rufián parecía haber perdido el sentido. Estaba caído de bruces en el suelo.

Jim se acercó a él para registrarle, por si llevaba alguna otra arma. Dio la espalda a la mujer.

Al oírla sollozar de nuevo murmuró:

—No tema. Le ruego que se tranquilice.

—En cambio, usted debería intranquilizarse, amigo.

Jim masculló:

—¿Cómo?

Casi no podía creer lo que había oído. La que acababa de hablar era la mujer. ¡Y su voz sonaba completamente distinta!

Se volvió, sin reaccionar aún de la sorpresa. Vio entonces que ella, sin moverse del suelo, le apuntaba con un «Colt».

—¿Pero qué significa esto?

—Significa que ha hecho usted el palomo, Jim.

—¿Me conoce?

—Claro que le conozco. ¡Tú, Joe, levántate!

El que tan perfectamente había hecho el papel de rufián, se levantó de un salto.

Sus facciones estaban demudadas.

Tenía la mano derecha manchada de sangre, y sin duda recorrida por calambres de dolor. Movió la izquierda para abofetear a Jim.

Éste recibió el primer impacto y fue a responder

inmediatamente, a pesar de la amenaza del revólver. Pero fue la mujer la que les detuvo a ambos con una seca orden:

—¡Basta!

Joe masculló:

—La mano me quema…

—Peor hubiera sido si te llega a atravesar. Sabías que con este trabajo corrías riesgo.

—¡Más va a correrlo él! ¡Le voy a…!

—¡He dicho que basta!

Los dos hombres se miraron retadoramente.

En aquel momento una voz dijo desde lo alto de la colina:

—Lo has hecho estupendamente, Lelia. Y tú también, Joe.

Jim, al alzar la cabeza, vio descender a un individuo que iba armado de un rifle y provisto de un catalejo. Sin duda era él quien le había visto venir a distancia, dando la señal del momento en que tenía que empezar la comedia. Por otra parte aquel tipo no le resultaba del todo desconocido.

Al tenerlo a poca distancia y poder verle bien la cara, masculló:

—¡Capitán Robson!

—Veo que tiene buena memoria, Jim.

—¿Qué significa esto, capitán Robson? ¿Qué diablos quieren?

—Lo sabrá más adelante.

—Insisto en que me lo diga ahora.

Robson hizo un gesto de aburrimiento.

—Tú, Joe, dile a este caballero que no pregunte tanto.

—Con mucho gusto, capitán.

El culatazo en la nuca hizo que Jim sintiera como si todo diese vueltas en torno suyo. Y el joven se desplomó pesadamente a tierra.

CAPÍTULO III

Lo recobró poco después. Iba atado sobre la silla de un caballo, con las manos sujetas a la espalda. Su cabeza bamboleaba en el vacío.

La primera sensación que tuvo fue la de que el mundo se había vuelto al revés, pues, naturalmente, lo veía todo invertido. Luego fue recobrando poco a poco la sensación de la realidad.

Iba a decir algo, pero comprendió que no valía la pena.

Estaban llegando a una choza. Sin duda lo bajarían allí.

En efecto, eso fue lo que sucedió. Una vez ante la puerta, los tres jinetes que iban delante suyo se volvieron.

Eran el capitán Robson, Joe y la hermosa desconocida.

Ésta murmuró:

—Mirad. Ha recobrado el conocimiento.

—Pero si me enseñas las piernas otra vez lo vuelvo a perder, preciosa.

—Caramba… Aún tiene buen humor…

Robson tiró de él y le hizo caer a tierra. Los dientes de Jim rechinaron.

—Me gustaría que me desatara, Robson. Quisiera que se atreviese a enfrentarse conmigo de hombre a hombre.

—Antes de que te desate vas a tener que hablar, muchacho.

—¿Hablar de qué?

—Ya lo verás.

Cada vez se daba Jim más cuenta de que la trampa en que había caído era una cosa largamente preparada, y eso le sorprendía.

La choza era muy rústica. No había en ella más muebles que una mesa, un banquillo y un camastro. Jim recibió un puntapié y cayó al suelo.

No entendía absolutamente nada.

Robson se sentó en el banquillo ante él y murmuró:

—Como comprenderás, esto lo hemos preparado con tiempo.

—Lo imagino.

—Os estábamos observando a los tres en San Luis.

—¿A… los tres?

—Sí. A Robert, a Jackson y a ti.

Jim guardó silencio.

Una profunda y desagradable sorpresa le iba dominando poco a poco. Se apoderaba de él.

—Vi las tretas que empleaste para ganarles por mano —dijo Robson—. Muy divertidas, la verdad, sobre todo la última. ¿Qué pretendías? ¿Ganarles unos días de tiempo?

Jim masculló:

—Usted no sabe de qué habla.

—Claro que lo sé, muchacho, claro que sí…

—Yo no quería engañar a nadie.

—¡Mientes! Sé que en esta aventura cada minuto cuenta.

—¿Qué aventura?

Robson hizo un gesto áspero.

—¿Por qué me crees tan tonto, Jim? Eras un buen oficial a mis órdenes cuando servías en la Confederación del Sur. Sí, eso es; un buen oficial. Pero luego te has desengañado, como todos.

—Yo no he dicho eso.

—Colgaste el uniforme, ¿no?

—¿Y qué remedio? Habíamos sido derrotados. ¿Para qué me servían ya los entorchados y las insignias? Mis compañeros Robert y Jackson también colgaron el uniforme. Y usted, capitán. Usted es el primero que no se acuerda de su antiguo grado.

—Desde luego… Pero quisiera refrescarte la memoria en algún aspecto. Por ejemplo, ¿qué fue del coronel Wilson?

—Usted sabe que murió.

—Sí… Murió cuando iba a retirar un cargamento de oro por cuenta del ejército.

Jim se mordió los labios un momento.

Pensaba que el capitán Robson no sabía aquello. Que solamente lo sabían Robert, Jackson y él, como encargados de los servicios de información del regimiento.

—Ése es un rumor —dijo.

—Es una verdad.
—Bueno, ¿y a mí qué?
—El coronel Wilson sabía dónde tenía que retirar ese oro —acusó fríamente Robson.
—Claro que sí… Pero ha transcurrido tiempo desde entonces y ha desaparecido.
—¿Quién tiene el vale?
Jim se hizo el sorprendido.
—¿El vale para qué?
—Para retirar el oro, naturalmente.
—¿Y yo qué sé?
—Sólo puede tenerlo una persona.
—Entonces dígalo, ya que es usted tan listo.
—Sólo puede tenerlo la hija de Wilson. Ella recogió el cadáver de su padre y le hizo dar sepultura.
—Bueno, pues si lo tiene la hija de Wilson, ¿por qué me pregunta a mí? Búsquela a ella…
—Eso es lo que estoy haciendo —dijo Robson.
—¿Y por qué me mete a mí en el lío?
—Porque tú sabes dónde está.
Jim hizo un gesto de resignación que le salió perfectamente espontáneo.
—Vamos, capitán… La guerra ha terminado. Ese oro nadie sabe dónde para ya. Y el vale que tanto parece preocuparle es un pedazo de papel mojado.
—Al contrario. Vale una fortuna.
—Pero… ¡Es que la persona que tuviera en su poder el oro ya no lo entregará! ¡Parece no recordar usted que la guerra ha terminado, capitán! ¿Cuántas veces habrá que repetírselo?
—Ese oro debe estar oculto en algún sitio. El vale indicará su emplazamiento.
—¿Y cree que lo tengo yo?
—No. Desde luego lo tiene la hija del coronel Wilson. Y vosotros, los tres amigos inseparables del viejo regimiento, que al mismo tiempo erais unos sinvergüenzas redomados, sabéis dónde está. Habéis hecho de esto una especie de competición deportiva. «El que llegue antes se lo queda todo». Por eso habíais acordado tener las mismas oportunidades y partir exactamente del mismo

punto. Fuiste tú el que se pasó de listo tres veces.

—Delira, Robson.

El capitán dijo bruscamente:

—Quiero saber dónde está esa chica, Jim.

—No tengo ni idea.

—Muy bien, ya se te refrescará la memoria.

Hizo una seña.

—¡Joe!

—Diga, capitán.

—Trae el hierro de marcar reses.

Jim abrió la boca con un repentino gesto de alarma.

Pero se dominó inmediatamente para adoptar una actitud de dolorida sorpresa.

—¿Está usted en su sano juicio, capitán? ¿No se da cuenta de que va a cometer una locura?

—Enciende fuego, Leila.

Ella lanzó una alegre carcajada y se dispuso a obedecer.

Se movía delante de los ojos de Jim como una gacela, con sus ropas medio desgarradas, mostrando contornos y relieves que hubieran hecho palidecer al joven, caso de no tener cosas más importantes en que pensar.

Pronto las brasas estuvieron a punto. Y el hierro de marcar fue puesto sobre ellas.

Jim sentía que gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente.

Nunca hubiera pensado que aquello pudiese suceder.

Tenía a Robson por un oficial ambicioso, pero no por un hombre sin escrúpulos. Y ahora se mostraba peor que eso; como un auténtico forajido. ¿Cómo diablos había averiguado él un secreto que los tres amigos creían que era exclusivo? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar?

No quería mirar el hierro de marcar, que se iba volviendo rojo por momentos.

Las gotas de sudor llegaban ya hasta su boca.

Robson murmuró:

—Piensas que cómo he averiguado eso, ¿verdad?

—Desde luego no lo entiendo…

—Fue gracias a Leila.

—¿Leila?

—Ella engatusó a un amigo tuyo. A Jackson. Le emborrachó y le hizo decir cosas. Ya sabes que Jackson no tiene costumbre de beber… Desgraciadamente no dijo todo lo que hacía falta. Sólo dio una pista que ahora yo estoy dispuesto a llevar hasta el fin.

Empuñó el hierro por el mango.

—No me gustaría marcarte como a una res, Jim. Aún no he olvidado que eres un oficial.

—En cambio usted ha dejado de serlo, Robson. Ha dejado de serlo para siempre…

Jim intentaba desesperadamente ganar tiempo.

Al ver que sus palabras no impresionaban para nada al granuja, murmuró:

—¿De dónde ha sacado una auxiliar tan valiosa como Leila?

Robson dio un atrevido manotazo a la chica.

—Ella es mi amiguita…

—Demasiado joven, ¿no?

—Mejor.

—¿No tiene padres?

—Murieron durante la guerra. Ahora está bajo mi «protección»…

Y lanzó una carcajada, mientras movía amenazadoramente el hierro.

El joven sentía ya el calor en la piel. Se daba cuenta de que no podría resistir aquella tortura.

Las reses lo resisten porque se les quema el pelo más que la piel. Y porque al no tener imaginación para darse cuenta de lo que les espera, sólo sufren un instante.

Pero aquel hierro quemaría hasta los huesos su desnuda piel de hombre.

Robson masculló:

—Tienes veinte segundos.

—No tengo nada que decirle, Robson.

—Muy bien… Ahora sólo tienes quince.

—¡Robson!

—Diez.

—¡Maldita sea! ¡Vuelva en sí de una vez!

—¡Cinco!

Jim se mordía los labios frenéticamente.

—¡Habla!

Movió la cabeza de un lado a otro, negando.

Robson lanzó una maldición y le apretó el hierro por encima de la camisa. El olor de la tela quemada se unió al de la piel que se abrasaba. Jim notó como si los relieves de la marca le penetraran hasta los mismísimos huesos. Y lanzando un breve gemido, perdió el sentido por segunda vez en aquel día.

CAPÍTULO IV

Estaba caído de bruces, con las manos atadas a la espalda, cuando volvió a darse cuenta de que vivía. El dolor en el pecho, donde le habían dejado la marca, era insoportable. Hubiese dado algo muy valioso por perder el conocimiento otra vez, por no darse cuenta de nada.

Pero su instinto le advirtió que tenía que luchar, que tenía que vivir.

No cambió de posición ni un dedo.

Le interesaba que los demás creyesen que aún estaba sin sentido.

Notó que la oscuridad ya se había ido adueñando del interior de la choza. Fuera aún había luz, pero dentro imperaba la penumbra. Unas sombras confusas se movían cerca de él.

Distinguió a Robson, a Leila y a Joe.

Leila preguntaba:

—¿Cuánto tiempo piensas emplear en él?

—No resistirá otra sesión, de eso estoy seguro.

—¿Vas a volver a marcarle?

—Y esta vez en la cara.

Jim se estremeció. Hubo de hacer un tremendo esfuerzo para que no se notase la sacudida de su cuerpo.

Por unos momentos pensó ceder. Pero sabía lo que eso significaría para sus compañeros.

Ser capturados también. Y correr la misma suerte.

El trataría de ganar por mano a Robert y a Jackson tantas veces como fuera posible. Ellos tampoco eran unos santos. Pero lo que no haría sería venderlos con sus palabras.

No hablaría ocurriese lo que ocurriera.

La voz de Leila volvió a sonar.

—Lleva mucho rato sin sentido, ¿eh?

—Está abrasado.

—¿Crees que cederá?

—En cuanto vea que el hierro se le acerca a la cara, dirá todo lo que sepa. Eso no hay quien lo resista.

Enlazó a la muchacha por la cintura y susurró:

—Tampoco yo puedo resistirte a ti…

—No seas tonto, Robson.

—Estás preciosa.

Joe pareció entender la situación sin necesidad de que le dijera nada. Susurró malhumorado:

—Voy a dar un paseo y a vigilar los caballos.

—Eres muy listo, Joe…

—A veces más de lo que me conviene.

El forajido pasó por delante de Jim, sin dirigirle una mirada, y salió de la casa. El joven permaneció todo lo quieto que le fue posible, dominando su dolor.

Oyó en la penumbra el chasquido de un beso.

—¿Enciendo el farol de petróleo? —susurró Leila.

—No te preocupes. ¿No estamos bien así?

—Claro, cariño…

—Cada día me pareces más preciosa. A veces me vuelves loco…

Jim dominó una exclamación de odio.

De nada le servía gritar. Tenía que aprovechar aquel momento que quizá no volvería a repetirse. Miró hacia la puerta.

La oscuridad era ya casi absoluta.

Estaba a poca distancia, y aunque tenía manos y pies atados, podía arrastrarse como los reptiles. Así lo hizo, dominando un grito cada vez que el suelo rozaba con la zona de su pecho donde había sido impresa la marca.

Un momento después estaba fuera. Resultaba evidente que por ahora nadie iba a preocuparse de él.

Pero no podía seguir así. Necesitaba un caballo. Necesitaba también liberarse de las ligaduras, porque en estas condiciones no podría subir a la silla.

Buscó con los ojos algo que le permitiera cortar las cuerdas. No había nada.

La desesperación comenzó a invadirle. El idilio entre Leila y

Robson no iba a durar siempre. Cuando miraran hacia donde antes estaba él, saldrían inmediatamente en su busca. Y lo encontrarían ridículamente inmovilizado a diez pasos de la puerta.

¡Si al menos hubiera un terraplén por donde dejarse rodar! Pero desde allí todo hacía subida, no bajada.

Al fin, cuando más desesperado estaba, vio algo que podía servirle; una vieja rueda de carro en la cual ya se había fijado antes, desechándola por inútil.

Pero ahora se dio cuenta de que el disco de metal que la protegía se salía en parte de la rueda, y tenía una superficie bastante afilada, lo suficiente para permitirle cortar las ligaduras.

Se acercó hacia allí, resollando. Los nervios le fatigaban mucho más que la forzada postura en que se veía obligado a avanzar.

Se colocó de espaldas y empezó a frotar enérgicamente. Al principio se cortó las manos. No le importó.

A cada segundo que transcurría sentía aumentar su angustia.

No se oía nada dentro de la casa, pero esperaba ver aparecer en la puerta, de un momento a otro, el rostro de Robson. Entonces sí que no tendría escapatoria.

Al fin oyó un siseo.

Las cuerdas de las muñecas estaban cediendo. Con un tirón consiguió librarse de ellas.

Ahora los pies.

El ritmo de sus movimientos era febril. Aunque tenía los dedos dormidos, consiguió deshacer los nudos tras un tiempo que le pareció espantosamente largo.

Por fin estaba libre. Respiró hondamente.

Se puso en pie y se tambaleó. Lo que necesitaba ahora con desesperación era un caballo. No podía huir de allí a pie teniendo corceles sus enemigos. Pero no se divisaba ni rastro de los animales, que sin duda se había llevado Joe.

Rodeó la casa.

Y los vio entonces. Dos de los tres caballos pastaban tranquilamente junto a la parte posterior.

Estaba salvado. Huiría y conseguiría un arma. Luego habría llegado el momento de a justar las cuentas a aquellos granujas.

Siseó para no asustar a los caballos. Si éstos relinchaban estaba perdido.

No se movieron.

Acarició el lomo de uno de ellos y se dispuso a montarlo a pelo. No estaban ensillados, pero era igual.

E iba ya a dar el salto que significaba el primer paso hacia su libertad cuando una voz dijo de pronto a su espalda:

—Te estaba viendo, amigo. Lo de los caballos ahí ha sido una trampa para que te acercases. Me divertía hacerte creer que ibas a salir con vida.

Jim sintió un calambre en todo su cuerpo.

Acababa de reconocer la voz de Joe y acababa de reconocer algo más: el «tic» peculiar de un revólver al ser amartillado a su espalda.

Capítulo V

Joe dijo secamente:

—Vuélvete.

—Quieres matarme de cara, ¿eh?

—Es el único favor que pienso hacerte.

Jim se volvió poco a poco con las manos a la altura del pecho.

La marca del hierro le seguía doliendo horriblemente. No podía más. Hubo un momento en que estuvo a punto de caer sollozando a tierra.

Pero lo que se jugaba era su vida y la vida de sus amigos.

Notó que Joe iba a disparar. Vio sus ojos entrecerrados en la penumbra.

Ni siquiera supo cómo pudo haber iniciado aquel movimiento. Más tarde lo recordaría y todo le parecería un sueño. Pero su brazo izquierdo se movió con terrible velocidad, al girarse su cuerpo chocando con la mano derecha de Joe. El contacto se produjo en el momento en que la bala salía; ésta solamente rozó una mejilla de Jim.

El disparo resonó estruendosamente en todo el valle.

Robson, que estaba besando a Lilian, dio un salto, soltando a la muchacha.

—Ese maldito Joe… ¿En qué diablos se entretiene? ¿Es que quiere que venga alguien a complicar las cosas aún más?

De pronto Lilian señaló hacia la puerta.

Sus facciones estaban terriblemente pálidas.

—Robson… El prisionero…

—¡No es posible!

Los dos saltaron hacia la puerta.

En aquel momento Joe y Jim rodaban estrechamente abrazados

sobre la hierba. Joe aún conservaba el revólver. Trató de alzarlo hasta la cara del joven.

Pero Jim era demasiado experto en las luchas cuerpo a cuerpo. Simuló ceder.

Cuando Joe creía tenerlo seguro y se disponía ya a apretar el gatillo, los músculos de Jim, que había esperado aquel momento, reaccionaron bruscamente, como si todo su impulso se disparara de pronto. El revólver trazó una curva ante los ojos atónitos de Joe, que no lo había soltado. Pudo disparar, pero la bala se perdió en el aire.

Robson y Leila estaban ya en la puerta.

Jim hizo aún más terrible la presión de sus manos. El cañón del revólver giró un poco, apoyándose en la cara de Joe.

Éste masculló:

—¡Nooo!

Apretaba el revólver con todas sus fuerzas, para que el otro no pudiera disparar.

Robson ya corría hacia allí. Llevaba el «Colt» en la mano.

—¡Aguanta, Joe! ¡Aguanta un momento!

El disparo ladró en el silencio que rodeaba las colinas. Una leve sacudida había bastado para que el revólver se disparase. La bala penetró por un pómulo de Joe y se alojó en su cabeza.

Jim tenía aún la sensación de estar soñando.

No podía perder un segundo. Aquel maldito Robson ya estaba casi encima.

Pero había una cosa que le favorecía, y era la oscuridad. Robson, que no veía más que siluetas confusas, creyó que era Joe el que había despachado a su enemigo.

—¡Imbécil! ¡Nos interesaba vivo!

La bala, picoteando a sus pies, le advirtió que las cosas eran ligeramente distintas de cómo él suponía.

Se arrojó a tierra.

—¡Cuidado, Leila! ¡Es Joe el que ha muerto!

Febrilmente, Jim, pegado al suelo, desabrochaba el cinto-canana del muerto. Al propio tiempo, de soslayo, trataba de ver la situación de los corceles.

Éstos se habían alejado al oír los disparos. Ya no estaban allí.

Lanzó una imprecación en voz baja.

Tampoco él veía más que sombras confusas. Para que los disparos no le identificaran, se abstuvo de apretar el gatillo. Corrió inclinado para bordear la colina.

Robson no debía distinguirle tampoco. Sólo se oían sus gruñidos en la penumbra.

—¡Aquí está Joe!

—¡Tiene la cabeza atravesada!

Leila hablaba también. En aquel momento Jim hubiese podido disparar, pero no lo hizo al pensar que quizá atravesaría a la muchacha. Aunque ella mereciese la muerte, le repugnaba matar a una mujer.

Además, se sentía muy mal. Era posible que no lograra afinar la puntería. Robson distinguiría el fogonazo, y si Jim era localizado tenía las de perder.

Estaba ya bordeando la colina. Prácticamente quedaba fuera del posible campo visual de sus enemigos.

Vio entonces a los cuatro caballos, que por instinto se habían reunido a cierta distancia de allí. Avanzó hacia uno de ellos, procurando no asustarlos.

Montó de un salto. El caballo relinchó.

Se oyó a lo lejos la voz de Robson.

—¡Infiernos! ¡Está con los caballos! ¡Va a huir!

Jim hizo dos disparos entre las patas de los otros animales. Éstos se encabritaron y salieron al galope.

El picó espuelas, marchando a toda velocidad. Robson, por el momento, no podría perseguirle.

Pero se volverían a ver. Jim estaba decidido a que eso sucediese.

Para él, Robson no era más que un condenado a muerte.

* * *

El médico examinó la quemadura con expresión sombría.

—Puede estar contento de que esto no haya ido a más, amigo. La herida es profunda.

—Me duele horriblemente, me duele hasta los mismos huesos.

—Lo comprendo. ¿Quién le hizo esta salvajada?

—Eso no importa ahora. Lo único que yo quiero es poder seguir mi camino. Déme algo que me alivie y en paz.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Dos días.

—Pudo haberse infectado. Las ampollas que se forman a causa de las quemaduras son muy peligrosas. Pero ya le digo que ha tenido suerte dentro de todo. Voy a vendarle y aplicarle sobre la quemadura unas hierbas calmantes. Los indios las emplean, y puedo asegurarle que es un excelente remedio.

En efecto, Jim se encontró mucho mejor cuando estuvo vendado y aquellas hierbas le hubieron sido aplicadas. Lo único que le fastidiaba era que, con todo aquello, su cuerpo había perdido flexibilidad para sacar el revólver.

Pagó al médico y salió.

En dos días de cabalgada incesante había recorrido bastantes millas, siempre hacia el oeste. No sabía dónde estarían ya sus compañeros Robert y Jackson, pero posiblemente le llevaban ventaja, ya que él había perdido casi un día entero cuando fue capturado por Robson.

Ahora estaba cerca de Kansas City y acercándose por tanto a la frontera del vecino estado: Kansas.

Casi todo Missouri había quedado atrás. Pero Missouri era un lugar pacífico en comparación con Kansas, que justamente entonces estaba en el cénit de su riqueza y también de su violencia.

Si lograba atravesarlo, aún le quedarían otros obstáculos que casi parecían insuperables: las llanuras de Colorado, donde no había ni un asomo de ley; la tierra de Utah, el misterioso país de los mormones, donde la gente desaparecía sin que nunca más se volviera a saber de ella; y por fin el gran desierto de Nevada, en cuyo borde occidental, casi en la frontera de California, estaba Carson City.

Mal negocio para un hombre solo.

Pero más allá estaba, posiblemente, la fortuna. Todo un cargamento de oro aguardaba al más audaz.

Mientras avanzaba al trote, Jim se preguntó por qué no se había puesto de acuerdo con sus amigos Robert y Jackson para buscarlo entre los tres, con lo cual hubieran disminuido mucho los peligros, y repartirlo en partes iguales.

Pero eso había sido imposible. Los tres eran muy individualistas, verdaderos lobos solitarios; el ejército los unió, pero al terminar la guerra, habían vuelto a ser lo que fueron siempre. Ninguno de ellos

quería trabajar en equipo. Lo deseaban todo para sí, y además, les tentaba la aventura, el desafío. Ver quién llegaba primero al final de aquella galopada salvaje.

Jim avistó de repente las primeras casas de Kansas City. Era un buen lugar para saber algo de sus amigos y averiguar si le llevaban ventaja o no.

Al menos, eso era lo que pensaba Jim. Y estaba contento de llegar allí.

Siguió estando contento hasta que aquella bala de rifle le arrancó el sombrero de la cabeza.

CAPÍTULO VI

Gracias a haberla oído aullar pudo ladearse unas décimas de pulgada, las suficientes para que el plomo no le atravesara limpiamente el cráneo.

Instintivamente se dejó caer del caballo. No entendía nada de lo sucedido, pero tampoco le iban a dejar, al parecer, tiempo para entenderlo.

Dos balas más picotearon junto al lugar donde había caído.

Eran dos tiradores. Los estampidos de sus rifles sonaban ligeramente distintos.

Jim miró en torno suyo. Estaba en una llanura pelada, porque Kansas es generalmente terreno liso. No había más protección que unas pequeñas piedras y allí se parapetó, procurando al menos ocultar la cabeza.

Dentro de lo angustioso de su situación, aquélla fue buena idea, porque los nuevos proyectiles restallaron contra aquellas piedras. Se encogió todo lo posible para que el resto de su cuerpo no quedara demasiado al descubierto, lo cual no pudo evitar que uno de los proyectiles le rozara una pierna.

Jim lanzó una imprecación.

No podía decir que las cosas marcharan demasiado bien para él.

Tenía una herida en el pecho que le impedía moverse con libertad. Y la herida que en la pierna le hicieron sus dos compañeros, después de la bromita del ataúd, aún le dolía a veces.

Si ahora le alcanzaban de lleno, aunque fuese en una pantorrilla, estaba listo.

Pero sus enemigos no debían tener un buen ángulo de tiro. Las balas les resultaban más desviadas cada vez.

Seguramente habían contado con cazarle a la primera, cuando

estaba a lomos de su caballo, y ahora no podían apuntarle bien. Jim dedujo que uno de los dos se movería, cambiando de posición, mientras el otro le cubría con su fuego.

Giró alternativamente la cabeza a un lado y otro, siempre manteniéndola pegada al suelo todo lo posible, y vigilando así por ambos extremos.

No se había equivocado en sus suposiciones. De repente vio un hombre que corría por su izquierda.

Estaba casi en la línea de tiro de aquel desconocido. Le recorrió un calambre.

Los dos dispararon casi a la vez, pero la puntería de Jim fue más eficaz. Vio a un enemigo dar una voltereta en el aire, e inmediatamente se dispuso a apretar el gatillo otra vez.

Era una precaución necesaria, porque el otro no estaba muerto. Aún intentó encañonarle con su rifle.

La segunda bala de Jim le perforó la cabeza. Ahora sí que la inmovilidad del caído se hizo total, casi espantosa.

El otro, el que continuaba oculto, volvió a disparar, aprovechando que ahora Jim no había podido cubrirse tan bien. La bala acarició una de las piedras y arrancó cabellos de la cabeza del joven.

Éste se pegó de nuevo a tierra.

Ahora ya no le quedaba más remedio que esperar. Sin duda eran uno contra uno. Dejaría que el otro tomase la iniciativa.

Así era posible también que cometiese un error, como, por ejemplo, adelantarse demasiado y ponerse a tiro.

Conteniendo incluso la respiración, Jim aguardó. Ahora le rodeaba un silencio total.

Transcurrieron los minutos con una lentitud agobiante, casi inaguantable.

Pero no quería cometer ningún error. Su enemigo debía estar esperando eso.

Al fin perdió la paciencia. Asomó un poco la cabeza por un lado de las piedras.

Vio la pared semiderruida de una vieja construcción, y tras ella, un jinete que se alejaba al galope. Sin duda, le habían disparado desde allí.

Estuvo tentado de apretar el gatillo, pero la distancia resultaba

demasiado grande para que su revólver fuera efectivo. Prefirió ahorrar municiones y tratar de comprobar si conocía a aquel tipo, a pesar de la lejanía en que se encontraba.

Pero no le reconoció en absoluto. Ni por sus ropas ni por su forma de moverse le recordaba a nadie.

Se puso entonces en pie y fue hacia el caído. Vio que era un vaquero como tantos otros, aunque de frente estrecha, miembros muy peludos y aspecto patibulario.

Lo registró, sin encontrar nada de interés. Ni siquiera documentación llevaba.

Cuando estaba dedicado a aquella tarea, oyó el ruido de varios caballos al acercarse. Al parecer, llegaban desde Kansas City.

Alzó la cabeza y vio a tres jinetes. Los tres llevaban rifles, y uno de ellos lucía una estrella.

Le apuntaron con recelo. Jim se puso en pie, procurando que se viese que no tocaba el revólver de la funda.

—¿Es usted el *sheriff* de Kansas City?

—¿Qué le parece?

—Sí. Ya veo que lleva la estrella… Este individuo y otro han intentado asesinarme.

—¿Por qué?

—No lo sé, no les conozco.

—¿Y quién me garantiza que no le ha asesinado usted?

—¿Es que no ha visto lo que sucedía?

—Sólo he oído el estampido de dos rifles.

—Y yo no llevo arma larga. Eso le demostrará que eran los otros quienes disparaban.

—¿Desde dónde?

Jim señaló la pared semiderruida que estaba a unas quinientas yardas.

—Desde allí.

El *sheriff* dio una orden a uno de los dos hombres que le acompañaban.

—Tú, Pat, date una vuelta por allí.

El llamado Pat partió al galope y volvió al cabo de unos momentos. Traía varias cápsulas en su mano derecha.

—Esto estaba detrás de la pared, *sheriff*.

El de la estrella las olió materialmente.

—Son de rifle y han sido disparadas hace poco. Está bien, amigo, creeré lo que me dice. ¿Cómo se llama?

—Jim Sullivan.

—Nunca le había visto por aquí.

—En efecto. Es la primera vez que entro en Kansas.

—¿Y qué busca?

—Nada. Simplemente, voy de viaje.

—Y han querido matarle por las buenas… ¡Hum!

—Puede tratarse de una confusión —dijo Jim, aunque él no creía en sus palabras.

—Sí, puede que sí… Bueno, siga. Y procure no meterse en ningún lío más mientras esté en la ciudad.

—No me convienen los líos —dijo Jim—. Aunque no lo crea, soy un hombre pacífico.

Tuvo que ir en busca de su caballo, que se había alejado a causa del tiroteo, y luego se encasquetó su sombrero agujereado.

—Empiezo a estar fastidiado con este negocio que había de hacerme millonario… —masculló—. No tendré ni para comprarme otro.

* * *

Decidió hacer noche en Kansas City. Lo necesitaba porque la herida le estaba dando fiebre.

Buscó una habitación modesta en un hotel y se tendió en la cama. Aunque intentó dormir y no pensar en nada, eso no le fue posible. Continuamente se estaba preguntando cómo podían haber sabido aquellos individuos quién era él y lo que andaba buscando.

En torno a él comenzaba a imperar la penumbra.

Como su habitación estaba situada en la parte trasera del edificio, no oía los ruidos de la calle. La paz le envolvía. Por fin pudo cerrar los ojos y empezar a conciliar el sueño.

Estaba a punto de dormirse cuando unos nudillos golpearon en la puerta.

Amartilló el revólver que tenía a su alcance y se incorporó un poco en el lecho.

—Adelante.

La puerta fue empujada.

Un hombre a quien conocía muy bien entró en la habitación. Su

presencia le causó una violenta sorpresa.

—¡Robert!… ¿Qué diablos haces aquí?

—Me ha costado mucho encontrarte, Jim.

—Pero no lo entiendo. Creí que habrías seguido otra ruta…

—La seguía, en efecto, pero me he dado cuenta de que me estaban acorralando. Por eso he venido a Kansas City, donde para un hombre es mucho más fácil ocultarse.

—¿Quién te acorralaba?

Robert encendió un cigarrillo y se sentó en una de las sillas. Parecía muy cansado.

—No lo sé. Eso es lo peor. También me han dicho que han intentado matarte.

—¿Quién te lo ha contado?

—Se rumorea por la ciudad.

—Sí, en efecto, han intentado matarme. Eran dos desconocidos, de los cuales he apiolado a uno. Lo peor es que no lo había visto en mi vida antes de ahora.

Al inclinarse se desabrochó un poco su camisa, descubriendo dos vendajes.

—¿Qué es eso?

—Llevo debajo una terrible quemadura. Me han marcado como a una res.

—¡Dios santo!… ¿Quién?

—¿Recuerdas a Robson?

—¡Claro que me acuerdo de él!

—Pues sabe algo, o mejor dicho, lo sabe todo. Me torturó para que yo le dijese dónde está la hija del coronel.

—¿Y tú se lo dijiste?

—Ni una palabra salió de mis labios. No mencioné para nada la ciudad de Carson City.

—¿Robson está vivo?

—Desgraciadamente, sí.

Robert hizo una mueca de preocupación, mientras se pasaba una mano por la frente.

—¿Los que te han atacado tenían algo que ver con Robson?

—Creo que no.

—Entonces, eso significa que hay más gente enterada de lo que ocurre. No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero es así, y hemos de aceptar los hechos como son. Oye, Robert, creo que sería inteligente que estudiáramos este asunto desde otro punto de vista.

—Al planear esto nos parecía una competencia deportiva y una aventura emocionante. Desgraciadamente, no es nada de eso. Estamos acorralados por gente desconocida y que tiene sobre nosotros todas las ventajas. Dos veces me he salvado por milagro, pero no me salvaré a la tercera, y veo que algo parecido te ha ocurrido a ti. En estas condiciones, nunca llegaremos a Carson City.

—¿Quieres decir que deberíamos unir nuestros esfuerzos?

—Eso es justamente lo que trataba de insinuar.

—Por mí no hay inconveniente. La tercera parte de una fortuna es mejor que una bala en la cabeza.

—¿Qué crees que dirá Jackson?

—No lo sé, porque no tengo idea de dónde para.

—¿Desde que partimos no has tenido el menor contacto con él?

—Ninguno. A él le perdí de vista lo mismo que a ti. Hasta ahora he seguido solo.

—Podríamos buscarle, ¿no?

—Es perfectamente posible.

—¿Crees que él estará de acuerdo con nosotros?

—Si también ha sido atacado, lo estará. De lo contrario, dirá que son mandangas y querrá seguir por su cuenta.

Jim sonrió. Por primera vez en bastante tiempo empezaba a considerar con optimismo la situación.

—¿Dónde te alojas?

—Aún no tengo sitio. Hasta ahora te he estado buscando, dando vueltas por todos los hoteles.

—Aquí deben tener habitaciones libres.

—Espera. Lo preguntaré.

Salió de la habitación y volvió al cabo de unos instantes.

—Mal asunto, muchacho. Me acaban de decir que no hay nada. La última habitación libre te la quedaste tú.

—Si quieres descansar aquí, yo daré una vuelta. La cama es demasiado estrecha para dos.

—No te preocupes. Hay otros hoteles en la ciudad y es seguro que encontraré habitación. En cuanto la haya conseguido, volveré aquí para decirte dónde me alojo. Máximo, media hora.

—Bien.

Cuando su compañero iba a salir, Jim se irguió un poco más, apoyándose en uno de sus codos.

—Robert…

—¿Qué hay, muchacho?

—Siento mucho las jugarretas que os hice. Ahora comprendo que todo aquello no estaba bien.

—Bah, no tiene importancia. Yo que tú lo olvidaría. La verdad es que entonces nos supo muy mal y estuvimos a punto de matarte, pero ya es agua pasada.

Además, yo también he hecho trampas muchas veces. ¿Recuerdas aquella vez en que nos jugamos las pagas atrasadas de seis meses?

—¡Ya lo creo que me acuerdo! ¡Las perdí!

Robert lanzó una carcajada.

—Sí, claro que las perdiste. Y había motivo para ello.

Hizo un suave movimiento con la mano y sacó un as de la manga, con habilidad de prestidigitador. Luego salió y cerró la puerta.

Jim lanzó una maldición.

¡Diablo, la paga de seis meses! ¡Recordaba que después de perderla no tuvo dinero ni para comprarse unos calcetines nuevos!

¡Y Robert se la había birlado gracias a un as en la manga! ¡Nunca hubiera podido sospecharlo!

De repente ya no le supo tan mal haber tratado de engañarles a Jackson y a él. Y lo único que lamentó fue que los trucos no le hubieran salido bien.

A estas horas, caso de haber tenido éxito, ya estaría casi en los umbrales de Carson City.

Bebió unos tragos de licor de la botella-petaca que tenía a su alcance y se dispuso a aguardar. Con las manos cruzadas bajo la nuca, esperó más de media hora.

A los tres cuartos de hora empezó a impacientarse.

No se oía ningún ruido, pero era posible que le hubiese ocurrido algo a Robert.

Se levantó, ajustándose bien las ropas, que llevaba un poco desordenadas, encajó el revólver y salió a la calle.

Todo aparecía en calma.

El dueño del hotel paseaba por el porche, casi solitario.

—Hola, señor Sullivan. ¿Sale?

—Quiero buscar a mi amigo.

—Ah, el que antes ha preguntado por usted.

—Exacto. Me ha dicho que iba a buscar alojamiento en otro hotel porque aquí no había nada libre.

—Sí, sí… Le he visto mientras preguntaba por ahí enfrente. Ya sabe usted que todos los hoteles se encuentran por esta zona. Pero, o no ha encontrado nada o no ha debido interesarle lo que había, porque se ha largado.

—¿Hacia dónde? —En aquella dirección.

—Caramba, no lo entiendo… No tenía ningún motivo para ir a otro sitio.

—Sí que lo tenía, señor Sullivan.

—¿Qué quiere decir?

—Si a usted llega a abordarle la mujer que le ha abordado a él, seguro que también cambia de intenciones.

—¿Una mujer?

—Y de bandera. Era una señora de esas despampanantes. Una mujer de narices.

Jim pensó inmediatamente en Leila.

Leila, la amiguita de Robson, le había hecho caer en una trampa a él, e igualmente podía haber empleado su astucia para hacer caer en una trampa a Robert. En ese caso, el pobre muchacho estaba perdido.

—¿Dice que fue en aquella dirección?

—Sí.

Jim echó a andar.

—Oiga, no les estorbe, hombre… —murmuró el hotelero.

Pero Jim ya no le oía. Caminó por la calle, que era sinuosa y oscura. Había zonas bastante iluminadas y lugares donde no se veía a dos pasos.

Pero no le cupo duda de que Robert había pasado por allí. No le cupo duda por un detalle.

La carta. Aquel as que estaba caído en el fango.

Seguro que era el mismo que Robert se sacó de la manga. El que él había visto minutos antes.

Paseó la mirada en torno suyo y distinguió la entrada de una

calle más estrecha que las otras, donde apenas podían cruzarse dos caballos.

Se acercó, y a la luz que llegaba desde una ventana, pudo ver algo que le heló la sangre en las venas.

Robert yacía en el suelo, muerto, entre un gran charco de sangre.

Y a su lado se hallaba una mujer.

CAPÍTULO VII

La muchacha que estaba allí, junto al cadáver, no era Leila. Eso fue lo primero que comprobó Jim.

Leila era morena, y la que ahora tenía ante los ojos era rubia. También resultaba mucho más bonita que Leila, e iba mejor vestida.

A primera vista, uno hubiese dicho: «Una señorita».

Ella lo miró. Hasta aquel momento había contemplado como obsesionada aquel cadáver, cuya sangre estaba a punto de mancharle los zapatos. Pero al ver a Jim, dio un salto atrás, como si quisiera huir.

Jim movió el revólver, sin llegar a sacarlo de la funda.

—Más vale que te estés quieta, nena.

Su voz era ronca y amenazadora. La verdad era que en aquel momento estaba dispuesto a disparar, y ella supo notarlo.

Se estuvo quieta.

Lo primero que Jim hizo fue dirigir una mirada más atenta al cuerpo de Robert. Durante unos instantes tuvo la absurda esperanza de que aún podría hacer algo por él. Pero unos segundos le bastaron para convencerse de que estaba bien muerto.

Le habían asestado una certera puñalada en el corazón, y a través de la herida aún manaba la sangre.

Los ojos metálicos y duros de Jim se clavaron entonces en el rostro de la muchacha.

—Vamos, miente —dijo—. Inventa lo que sea. Explícame que estás junto a este hombre por pura casualidad.

—En parte es así.

—Me conmueve tu imaginación. Pensaba que al menos idearías algo más convincente.

—Le aseguro que…

—Yo te aseguro otra cosa: vas a cantar todo lo que sabes y algo más. Te llevaré a mi hotel, y si no me convencen tus explicaciones, mañana sacarán tu cadáver en una cesta, porque lo que va a quedar de ti cabrá allí dentro. ¡Vamos, camina!

En contra de lo que Jim pensaba, ella no opuso resistencia.

La verdad era que le desconcertaba aquella extraña mujer.

—Si haces un solo movimiento sospechoso, te barreno la cabeza.

—No se preocupe, no intentaré nada.

Así fue. Llegaron al hotel más fácilmente de lo que él había supuesto.

El dueño seguía paseando por el porche. Le contempló con expresión de asombro.

—Oiga… ¿Es que su amigo se ha cansado de ella?

—¿Era ésta la muchacha con la que le vio hablar antes?

—Desde luego.

—Gracias, es todo lo que quería saber.

Indicó a la desconocida que entrara en el hotel.

—¿Adonde la lleva? —preguntó el dueño—. Nadie puede recibir en el hotel amistades femeninas, excepto yo.

—Los asuntos de que quiero hablar con ella no son sentimentales, amigo. ¿Tiene alguna sala que esté vacía?

—Sí, esa que hay al otro lado del vestíbulo.

—Gracias.

Entraron allí. Jim encendió la lámpara que había encima de una mesa. La claridad rosada se derramó sobre el rostro de la mujer, que estaba muy pálida. Su hermoso busto subía y bajaba agitadamente. No podía negar que su respiración era irregular, a pesar de que aparentaba estar serena.

Jim estaba seguro de que ella había matado a Robert, pero no quería hacer nada precipitadamente. Dijo con voz lenta:

—Tú has asesinado a mi amigo.

—No es cierto, Jim.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Sé de vosotros más cosas de las que creéis. De Robert, de Jackson y de ti.

El joven parpadeó. Ahora, de repente, ya no se sentía seguro de nada.

—¿Qué es lo que sabes?

—Vais en busca de la hija del coronel Wilson.

—Eso también lo sabían los que intentaron matarme dos veces. Si crees que diciendo eso te defiendes, es todo lo contrario. Te estás acusando.

Ella respiró hondamente.

—Yo conozco a la hija de Wilson.

—¿De veras? ¡Qué emocionante!

—Está en Carson City.

Jim parpadeó.

—Eso no lo sabían los que han intentado matarme —dijo.

—No, claro que no lo sabían. Supongo que querrían torturarte para que se lo dijeras o bien matarte para poder encontrar, quizá, algún plano entre tus ropas.

—Las dos cosas han ocurrido. Unos me han torturado; otros han intentado apiolarme.

Ahora, la muchacha había recobrado por completo la serenidad. Jim, por el contrario, reconocía en su interior que no sabía qué pensar de todo aquello.

Ella prosiguió:

—El coronel Wilson dijo a su hija, antes de morir, que sólo cuatro personas conocían el paradero del oro. Una era él mismo. Las otras eran tres oficiales de información de su viejo regimiento, llamados Jim, Robert y Jackson.

—¿Cómo has llegado a conocer eso?

—Porque soy la mejor amiga de la hija del coronel.

—¿Y dónde está el oro?

—En lugar seguro, pero sólo ella lo conoce.

—¿Tú no?

—No.

—Si eres su mejor amiga, la hija del coronel podía haberte confiado eso.

—Sólo lo entregará si sabe que va a ser empleado a favor del Sur.

—A favor del Sur… ¡No me hagas reír! La guerra ya ha terminado. Nuestro ejército se fue al infierno.

—Quedan heridos, refugiados y gentes sin familia. Son ésos los que necesitan el dinero.

Jim estuvo a punto de exclamar:

«¡Atiza!».

Pero se calló, mientras los pensamientos daban vueltas en su cráneo, como un torbellino.

Resultaba que la hija de Wilson y aquella amiguita suya eran dos idealistas. Querían ayudarse a sí mismo.

Resolvió dejarla hablar. Ella continuó:

—La hija de Wilson ha estado muy enferma. La tuve a mi cuidado hasta hace poco, y la verdad es que durante ese tiempo no nos preocupamos del oro en absoluto. Fue luego cuando se nos ocurrió pensar que seguramente alguien vendría a buscarlo. Ese alguien no podía ser más que uno de los tres oficiales de información que conocían su existencia. O quizá los tres a la vez.

—En eso acertaste.

—Decidimos entonces, puesto que ella está mal de salud, que yo trataría de ir al encuentro de esos tres hombres y conocerlos bien. Sólo tenía una pista para encontrarlos.

—¿Cuál?

—El lugar donde habían dicho que irían al ser desmovilizados. Eso era relativamente fácil de averiguar. Muchos regimientos sudistas se disolvieron en perfecto orden al terminar la guerra, y a cada soldado se le dio un vale de transporte gratuito para que volviera a su hogar. Ustedes tres decidieron ir a San Luis.

—Es cierto. Y desde allí planeamos ir por el oro. ¿Pero cuál era tu propósito? ¿Qué ibas a sacar de conocernos?

—Complacer a mi mejor amiga, a la hija de Wilson, que me lo había pedido. Y al mismo tiempo, seguir ayudando a la causa del Sur, porque yo soy una sudista convencida. Me explicaré mejor: Si los hombres a quienes buscaba pensaban seguir empleando el oro en beneficio de su causa, yo se lo entregaría. Si, por el contrario, eran unos cínicos y unos aprovechados, yo procuraría por todos los medios que no conocieran nunca el emplazamiento de toda esa riqueza.

Jim tragó saliva penosamente.

«Unos cínicos y unos aprovechados…».

Bueno, había que reconocer que eso eran justamente ellos. ¿O no? La causa del Sur les importaba menos que un perro muerto. Y no comprendían que le importase ya a nadie.

—Dime exactamente lo que hiciste —musitó.

—Sencillamente, iba camino de San Luis. La línea recta pasa por esta ciudad, por Kansas City. Y de pronto me entero de que han tratado de matar a un hombre llamado Jim Sullivan.

—Sí… En efecto, se ha hablado mucho de eso en la ciudad.

—Jim Sullivan era uno de los tres oficiales de información. Por tanto, era evidente que al menos él se dirigía a Carson City. Traté de localizarle e indagué por los hoteles, pero mis esfuerzos fueron inútiles. Yo no quería preguntar directamente, y eso dificultaba mucho mi labor.

—Comprendo. Sigue.

—Al fin supe dónde estabas, pero me enteré de que otro hombre había preguntado también por ti. Le vi salir del hotel, y me di cuenta de que su descripción correspondía a la que me habían hecho de otro de los oficiales. Por eso le abordé.

Jim entrecerró los ojos.

Hasta entonces, la muchacha no parecía haber dicho ni una sola mentira. Todo concordaba exactamente con lo que él sabía.

—Sigue.

—Le dije que quería hablar con él en un lugar privado. Naturalmente, aceptó. No sé si había imaginado que aquello era una aventura, pero en todo caso, pronto le desengañé. Apenas estuvimos en el callejón le dije que era amiga de la hija de Wilson. Entonces surgió alguien de entre las sombras.

—¿Quién?

—Me pareció una mujer. Una mujer morena.

—¿De unos veinte años?

—Quizá sí.

Jim pensaba en Leila, la amiguita de Robson. Por lo que iba sabiendo de ella, la creía capaz de asesinar y mucho más.

La muchacha prosiguió con voz espesa:

—Apenas me di cuenta de lo sucedido. Ella saltó como un reptil y, segundos más tarde, había desaparecido entre las sombras. Me di cuenta de que Robert se llevaba las manos al pecho y traté de ayudarle, pero era inútil. La puñalada le había atravesado el corazón. No sé lo que llegué a pensar ni lo que hice entonces. Estaba como atontada… Y de repente llegó usted.

Jim cerró un momento los ojos.

Los pensamientos seguían dando vueltas en torno a su cráneo,

pero más ordenadamente. Ya empezaba a ver en aquello una cierta lógica, y sobre todo, estaba convencido de que la mujercita que tenía enfrente no le había mentido.

—Voy a creerte —susurró—, pero me gustaría saber tu nombre.

—Marta.

—¿Y cómo se llama la hija del coronel?

—Nora Wilson.

—Digo que voy a creerte, pero hay varias cosas que no entiendo. Una de ellas es cómo han podido enterarse algunas otras personas de la existencia del oro.

—Yo tampoco lo entiendo. Y he pensado mil veces en eso.

—Una mujer llamada Leila, la misma que le ha matado, sonsacó a Robert —dijo—, pero para eso era necesario que supiesen ya lo que Robert perseguía. De otro modo, no tenía sentido. A Leila la dirige un capitán llamado Robson; fue capitán de nuestra compañía durante la guerra, y por ahí es posible que llegara a enterarse de alguna cosa. Pero hay otros hombres, como, por ejemplo los que han intentado matarme esta mañana. Esos nada tienen que ver con Robson, estoy seguro. Y, sin embargo, ¿cómo han llegado a conocer lo que perseguimos?

Marta echó la cabeza hacia atrás.

Tenía un cuello largo y esbelto, una garganta tentadora y unos labios intensamente rojos.

—No lo sé —dijo—. Eso no lo comprendo.

—¿Nora Wilson pudo cometer alguna indiscreción?

—No lo creo. No ha visto a nadie.

—¿Por qué?

—Ya lo comprenderá cuando la conozca.

—Me has dicho que está enferma, ¿no?

—Muy enferma.

—¿Recluida en un hospital?

—Sí.

Jim se mordió el labio inferior.

—Comprendo lo que está pensando —dijo Marta.

—No es difícil suponerlo. Si ella muriera…

—Sí. Si ella muriera, su secreto se iría al otro mundo. Pero no tema, yo conozco también el emplazamiento de ese oro. Y voy a hacerle una proposición.

—Hágala.

—Le conduciré hasta él.

A Jim le hicieron tanto efecto aquellas palabras que hasta palideció.

Irguiendo el cuerpo, susurró:

—Es la proposición más razonable que he oído en mi vida.

—Pero oiga algo más, señor Sullivan. Doy por descontado que usted es un oficial y un hombre de honor. Si ese dinero ha de servir para ayudar a la gente del Sur que lo ha perdido todo, yo le facilitaré su consecución. Si, por el contrario, usted actúa sólo en provecho propio, soy capaz de clavarle una bala entre las cejas. De modo que piénselo bien, señor Sullivan. Puedo ser su mejor amiga… o su peor enemiga.

—Será mi mejor amiga, no se preocupe.

Naturalmente, Jim mentía.

La gente del Sur le importaba bien poco, y en realidad no le había importado nunca. Todos eran grandes terratenientes y crueles esclavistas. Si luchó para ellos fue por puro azar, y porque tampoco la gente del Norte le convencía. Pero ahora estaba dispuesto a no servir a nadie más que a sí mismo. Aquel oro le estaba esperando a él, exclusivamente a él.

Se podían ir al diablo todos los sudistas.

—No te arrepentirás de haber tomado esta decisión, Marta —susurró—. Yo daré un buen empleo a ese dinero apenas lo tenga.

—Será mejor para ti —dijo ella, enigmáticamente.

—Pero permíteme una pregunta. Si con ese oro quieres ayudar al Sur, ¿por qué no lo haces tú misma? ¿Qué necesidad tienes de recurrir a mí?

—Porque al sitio donde está ese oro no puedo llegar sola —dijo ella, suavemente—. Ninguna mujer iría allí. Ya tendrá ocasión de comprobarlo, amigo…

CAPÍTULO VIII

Los caballos estaban dispuestos.

Tascaban el bocado impacientes. Querían marchar de allí porque ni a los caballos les gustaba el cementerio.

Jim terminó de susurrar una oración y se puso el sombrero nuevo, que acababa de comprarse para sustituir al agujereado.

—Vamos, Marta —murmuró.

—Vamos.

Atrás quedó la tumba con la sencilla cruz y el nombre del difunto. Todo lo que quedaba de Robert y sus ambiciones era eso: Una simple cruz en el camino…

¿Le ocurriría a él igual? ¿Estaba también destinado a morir de aquel modo?

La noche anterior se habían hecho cargo entre ambos del cuerpo de Robert, sacándolo del callejón y llevándolo al establecimiento de pompas fúnebres. También Marta dijo al *sheriff* lo que sabía, pero sin mencionarle a él.

Ahora todo había terminado. Podían seguir su camino, un camino en el que, seguramente, Jackson llevaba ya una gran ventaja.

La muchacha, que parecía tener el don de adivinar lo que él pensaba, preguntó:

—Te estás diciendo a ti mismo que Jackson quizá está muy lejos, ¿verdad?

—Eso es. Yo he perdido mucho tiempo.

—Pero él aún tiene que encontrar a la hija de Wilson, y en cambio tú puede decirse que la has encontrado ya.

Jim la miró.

Cierto, su ventaja no era desdeñable. Si no ocurría nada, sería él

quien consiguiese el oro.

Y, además, tendría por acompañante a aquella muñeca. Más de uno se hubiese olvidado del metal amarillo para pensar solamente en ella. Ahora se había vestido de amazona, pero eso no quitaba gracia a sus curvas y a su juvenil elegancia. Fresca y sonrosada a la luz de la mañana, parecía una flor que se abre. Y si uno se olvidaba de su rostro para mirar solamente sus curvas, había de reconocer que parecía una diosa.

Jim cerró los ojos.

—Estás cansado, ¿verdad?

—No he dormido en toda la noche, yendo de aquí para allá, igual que un loco.

—Total, para nada…

—Para nada. Porque no había el menor rastro del capitán Robson y de esa mujer llamada Leila.

—¿Investigaste bien en toda la población?

—No dejé nada al azar.

—Entonces es que ella se fue después de cometer el crimen. También es lógico que lo hiciera así.

—Cierto. Pero eso significa que pueden estar detrás de nosotros. Robson y ella. Y los otros.

—Si al menos supiéramos quiénes son…

—Eso es lo que me desespera, que no lo sabemos. Y no me gustaría averiguarlo en la tumba…

* * *

Ante sus ojos estaba la ciudad de Denver.

Las jornadas desde que salieron de Kansas City habían transcurrido como en un extraño sueño. La muchacha y él apenas hablaban, quizá por el hecho de que apenas cabalgaban juntos. Uno iba delante y otro un poco más atrás, porque así vigilaban mejor. Por las noches se repartían los turnos de guardia igual que dos compañeros, para prevenir cualquier sorpresa.

Y ninguna sorpresa se había producido.

El viaje era tan normal que resultaba ya monótono. Detrás de las llanuras de Kansas habían llegado las de Colorado. La diferencia entre unas y otras estaba en que las de Colorado se hallaban bastante menos habitadas, y por tanto, daban más sensación de

salvajismo. En cambio, no podía negarse que Denver era una ciudad floreciente, o al menos lo parecía a lo lejos.

La contemplaron desde sus sillas.

—Bueno, ésa es la capital —dijo Jim—. Ya hemos atravesado Colorado prácticamente. Ahora sólo nos queda un estado.

—Te equivocas; dos.

—Entre Colorado y Nevada sólo está Utah.

—Pero Carson City se halla al otro extremo de Nevada. Hay que atravesar el desierto.

—En eso no te falta razón. Y lo que me admira es que tú hicieras el viaje sola.

—Empleé diligencias que venían muy bien vigiladas. No tuve necesidad de ser ninguna heroína.

Picaron espuelas suavemente, para dirigirse hacia Denver.

—Y ni una señal de Jackson —murmuró Jim.

—¿Te preocupa?

—Quizá esté ya en Nevada.

—O en la tumba.

Jim se mordió el labio inferior.

—No hablemos de eso, ¿quieres? Jackson es un buen muchacho. No podría resistir verle como a Robert.

Entraban en las primeras calles de la populosa ciudad. Ella susurró:

—¿Nos quedamos?

—Sólo unas horas para comprar provisiones.

—Los caballos necesitan un descanso…

—Tampoco te falta razón —reconoció Jim—. Está bien, nos quedaremos un día.

Buscaron un hotel y pidieron dos habitaciones juntas, recomendando muy especialmente que sus caballos fueran bien atendidos.

Se bañaron y se cambiaron de ropas. La verdad era que lo estaban necesitando.

Cuando Jim estuvo listo, salió al corredor y golpeó con los nudillos en la habitación de la muchacha.

—Adelante —dijo ésta.

Jim empujó la puerta.

Y hubo de disimular una expresión de asombro, porque ella

había cambiado casi completamente. Iba vestida con prendas femeninas otra vez, y su piel había vuelto a adquirir la tersura de la seda. Jim, que ya se había acostumbrado a verla vestida de hombre —y que además la encontraba muy bien— se convenció de que sólo las prendas típicamente femeninas hacen realzar como se merece el cuerpo de una mujer.

Ella murmuró:

—Sólo tengo este vestido. ¿Te gusta?

—Mucho.

—Me lo he puesto para parecer otra vez una mujer. Si hemos de comprar juntos algunas cosas, no quiero que lleves a tu lado un adefesio.

—Tú nunca puedes ser eso que has dicho, Marta. Eres, quizá, la mujer más bonita que he visto.

Ella sonrió, aunque en sus ojos brillaban una cierta expresión de sorpresa.

—Eso me suena extraño en ti. Nunca me habías dicho una galantería.

—Es que ahora me doy cuenta de que nos hemos estado comportando como dos hombres. Nos pasábamos el día atentos al peligro, sin hablar. Hubo momentos en que no pensé que llevaba una mujer al lado.

—Más vale así. De otro modo, hubiese sido peligroso.

—Para ti, claro.

—No, corazón. Para ti. Porque si se te llegan a ir las manos, te vuelo la cabeza.

Jim sonrió.

—Me gustan las mujeres decididas —dijo.

—Yo lo soy bastante. Pero no he de hablar de volarte la cabeza cuando justamente mereces todo lo contrario. Te has portado como un buen chico y voy a darte un premio.

Se acercó a él y le besó en los labios. Le besó tan tenuemente, que apenas fue un roce.

Pero bastó para que Jim se estremeciera.

Sintió la tentación casi irresistible de estrechar entre sus brazos a aquella mujer, de doblarla como una caña, de dejarla desmadejada, rendida, con sus caricias y sus besos.

Jim había sido siempre lo que normalmente se llama un

caradura.

Muy pocas eran las cosas que había tomado en serio en este mundo. Pero cuando sintió en sus labios el roce de los de la muchacha, se dijo a sí mismo que aquello sí, que aquello era serio. Que si no respetaba a Marta, jamás merecería respeto él tampoco.

Se separaron lentamente.

Los labios femeninos eran más rojos que nunca. Parecía palpitar en ellos una promesa. Jim susurró:

—Has hecho mal, Marta.

—¿Por qué?

—Porque a partir de ahora, nunca más volveré a considerarte como un hombre.

—Pero si decides no respetarme, recuerda una cosa: Las mujeres somos más peligrosas que vosotros. Estando a mi lado, podrías morir sin enterarte; como en un soplo.

—No lo olvidaré, Marta.

En efecto, las palabras habían quedado extrañamente grabadas en el cerebro de Jim.

«Morir como en un soplo…».

Y eso fue exactamente lo que estuvo a punto de suceder. La muerte vino como en un soplo hacia él. La oyó venir, y ahí estuvo su salvación.

El brusco chasquido de las cortinas al moverse hizo que se ladeara. Todos los hombres acostumbrados a vivir entre el peligro tenían aquel instinto rápido, certero, que no les engañaba nunca. El gesto de Jim fue providencial.

La flecha se clavó en la puerta, tras atravesar la ventana. La muchacha lanzó un gemido de sorpresa.

Jim no se entretuvo ni un segundo. Dio un empujón a su compañera y saltó hacia la mesa, donde ardía un quinqué. Un instante después lo había apagado.

La habitación quedó a oscuras. Oyeron silbar la segunda flecha, pero ésa se clavó también en la puerta sin ningún peligro.

Jim susurró:

—Colócate bajo el alféizar de la ventana. Ahí no podrán alcanzarte.

—¿Pero qué ocurre?

—¿Es que no lo has visto? ¿Necesitas para enterarte que te

claven una de esas flechas entre los senos?

—¡Claro que lo he visto! Lo que quiero decir es que no lo entiendo. ¿Es que acaso hay indios en Carson City?

—No se trata de un indio, sino de un blanco que maneja perfectamente el arco y la flecha. Tiene que estar en el tejado frontero.

—¿Y por qué no nos han disparado? Un rifle hubiese sido un arma más segura.

Los dos bisbiseaban, junto a la ventana, mientras en torno suyo imperaba el silencio.

No había vuelto a penetrar ninguna flecha en la habitación. Sin embargo, el peligro seguía latente; el que asomase un poco la cabeza se exponía a morir.

Jim musitó:

—En Denver hay un *sheriff* que, probablemente, es enérgico y duro. A nuestros enemigos no les conviene cometer un asesinato ante sus mismas barbas. Un par de flechas, en cambio, son silenciosas y eficaces; nadie se entera.

—Pero si ven que han fallado, pronto empezarán a disparar…

—Lo que harán será atacar por otro sitio. Por eso voy a decirte lo que haremos. Nos largamos de aquí.

—Creo que será lo mejor. Estamos perdidos si llegan a acorralarnos en algún sitio.

Jim abrió la puerta con cuidado y salió él primero con el «Colt» en la derecha.

El pasillo estaba relativamente bien iluminado. No se veía a nadie allí.

—Avanzaremos pegados a la pared. Cuidado…

Llegaron hasta la escalera que había al final de aquel pasillo, y que descendía al piso inferior. Ningún síntoma de alarma encontraron durante el corto viaje. Sus enemigos parecían haberse retirado.

Pero Jim no se fiaba.

Asomó sólo una parte de la cabeza, mirando hacia la zona inferior de la escalera.

Esa precaución le salvó. Porque la bala arañó justamente el ángulo de pared por el que acababa de asomarse, trazando una delgada línea de sangre en su mejilla. Caso de haber asomado más

confiadamente la cabeza, no hubiese tenido tiempo de retirarla.

La muchacha, a su espalda, se encogió con un gesto de miedo.

—¿Te han dado, Jim?

—Una leve rozadura, solamente. Creo que dentro de unos días no se notará.

—¿Dónde están?

—Sólo he visto a uno. Guardan la escalera.

—Entonces nos tienen acorralados…

—No tanto. Puede venir el *sheriff* de un momento a otro. Y, además, aún tenemos un camino para salir.

—¿Cuál?

—Mira.

Las habitaciones del lado en que estaba la suya tenían ventanas que daban a la calle. Pero las del lado opuesto tendrían ventanas que daban, sin duda, a un callejón posterior.

—Nos descolgaremos por ese lado. No nos verán.

—Vamos…

Fue ella la que abrió la primera puerta. Se encontró en una habitación donde había un tipo metido en la cama, con las manos cruzadas bajo la nuca.

Al verla, por poco da un brinco.

—Nena… Tú eras justamente la mujercita con la que estaba soñando. Ven a los brazos de tu querido Mike.

Ella susurró:

—Claro…

Levantó sin esfuerzo la silla que estaba junto a la puerta y la estrelló contra la cabeza de Mike. Este puso cara de pato degollado y en seguida volvió a quedar dormido.

—Así seguirás soñando, amor —dijo ella.

Jim, mientras tanto, se disponía a entrar también en la habitación. Pero el tipo que acababa de dispararle desde abajo, desde las escaleras, se había envalentonado.

Asomó por el borde de la pared. Lanzó una espesa maldición al ver a Jim tan cerca.

Sólo uno de los revólveres llegó a ladrar.

Jim vio que su enemigo se llevaba las manos a la cara, manchada de sangre, mientras soltaba el «Colt». Unos segundos después oía el estrépito de su cuerpo al rodar por la escalera.

Entró en la habitación, tras la muchacha. Ella estaba abriendo ya la ventana.

—¿Qué le has hecho a este tipo?

—Le he ayudado a soñar. Dice que veía en sueños una chica como yo.

—¡Vaya suerte!

Se asomó también a la ventana. El callejón que se distinguía abajo era estrecho y sombrío.

—Vamos. Yo saltaré primero.

Lo hizo. Pero al llegar abajo se dio cuenta de que las cosas no iban a ser tan sencillas.

Otro hombre acababa de asomar por el borde del callejón. Distinguía confusamente su sombra.

Jim se dejó caer a tierra, mientras disparaba. No debió alcanzar a su enemigo, porque éste pudo retroceder y ocultarse de nuevo.

Jim ahogó una imprecación.

Había tenido mala suerte al no poder liquidar a aquel enemigo. Ahora le taponaban la salida.

La muchacha se deslizó ágilmente desde la ventana. Quedó inclinada junto a él.

—¿Le has dado?

—No. Creo que estoy perdiendo facultades.

—Entonces nos acorrala por ahí. Vamos por el otro lado.

—Tú primero. Yo te cubriré.

La muchacha se deslizó a lo largo de la pared, buscando la otra salida del callejón.

Pero, de pronto, bisbiseó con desaliento:

—Jim…

—¿Qué ocurre?

—El callejón no tiene salida por este lado. Hay una pared…

—¿Sin ventanas?

—Ni una ventana. La pared es lisa y fuerte como una muralla…

Jim hizo un gesto de desaliento. Empezaba a sentir sudor en la espalda, lo que en él era siempre un signo de nerviosismo.

Estaban bien acorralados. Y lo peor empezaría cuando les tiroteasen desde la ventana por la que acababan de saltar.

—Vuelve, Marta…

Ella regresó pegada a la pared. También se sentía intranquila,

aunque no quería demostrarlo. Las manos le temblaban.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró.

—No hay más que una solución: Intentar salir.

Con el «Colt» a punto, avanzó hacia la boca del callejón, teniendo la muchacha a su espalda. Su enemigo no había vuelto a disparar, pero sabía que estaba allí, acechando. Probablemente esperaba aquello: que él se decidiera a salir para acribillarle tranquilamente.

Casi sin volverse, bisbiseó:

—No tienes revólver, ¿verdad, Marta?

—Se ha quedado en mi habitación.

—Por favor, mira entonces la ventana desde la que acabamos de saltar. Es posible que nos tiroteen desde allí.

La muchacha alzó la cabeza. Y lo hizo a tiempo, porque un segundo después hubiera sido demasiado tarde.

En aquel momento, un hombre armado con un rifle asomaba por aquella ventana. Sus ojos escrutaban el callejón, sin haberles visto todavía.

—Cuidado…

Jim alzó el revólver. El leve brillo del «Colt» bastó para que el tipo del rifle le identificase.

—¡Maldito…!

No llegó a disparar. El rifle saltó de entre sus manos como si estuviera dotado de vida propia. El hombre se encogió, llevándose las manos al pecho; todo eso sucedió en unos segundos, mientras la detonación aún retumbaba en el aire.

El cuerpo desmadejado y sin vida quedó doblado sobre el alféizar. Jim bisbiseó:

—El rifle…

Ahora, la muchacha ya disponía de un arma. Podían enfrentarse los dos a lo que les esperaba más allá de la esquina.

De repente, se detuvo.

—No saldremos por ahí, Marta —dijo con voz casi inaudible.

—¿No? ¿Entonces, por dónde?

—Hay que trepar hasta el tejado. ¿Ves este tubo de desagüe?

—Claro…

—Intenta subir por él sin hacer ruido. Yo te cubriré desde abajo con el revólver. Una vez estés en lo alto y empiece a subir yo, me

cubres tú con tu rifle.

—Bien…

Jim sintió que se le secaba el sudor.

Teniendo las piernas libres, la muchacha empezó a trepar ágilmente. Sujetándose al tubo con las manos, aprovechaba los menores intersticios de la pared para apoyar en ellos los pies. En un solo minuto estuvo arriba, y además, sin hacer ruido.

Jim, mientras tanto, vigilaba la esquina.

El enemigo que debía acechar tras ella no había vuelto a dar señales de vida. Hizo una seña a la muchacha.

Ella comprendió.

Protegido por el rifle y sujetando el «Colt» con los dientes, el joven empezó a subir a su vez. Pudo hacerlo sin grandes dificultades, y cuando se encontró arriba, respiró tranquilo.

—Aquí estamos en mejor posición —dijo—. Y saltando por los tejados, podemos llegar hasta la otra calle.

—Creí que no podríamos subir hasta aquí. Hemos tenido suerte.

—No cantes victoria aún. Hemos de ver qué hace ese tío de ahí abajo.

Jim se asomó, y tuvo una violenta sorpresa al ver que en la esquina no había nadie. El fulano que creían les estaba acechando, se había evaporado como el humo.

¿Por qué aquel tipo habría abandonado la guardia? Eso no tenía sentido. A menos que…

El calambre casi le hizo caer tejado abajo.

Casi llegó a captar la respiración de su enemigo cuando éste se acercaba para disparar. Lo vio en el borde mismo del tejado, preparando su revólver.

Jim no podía entretenerse en florituras. Su vida y su muerte estaban separadas por una sola fracción de segundo. Se dejó caer del tejado abajo, mientras apretaba el gatillo.

Quedó sujeto al borde con la mano izquierda, colgando su cuerpo del vacío. Y en aquel momento terrible pensó en Marta; si él había fallado, ella quedaría a merced de su enemigo…

Pero la voz tranquila de la muchacha le hizo cambiar de opinión.

—¿Te ayudo?

—¿Ayudarme a qué?

—Pues a subir…

—¿Es que ese tipo está muerto?

—Le has dado en mitad de la cabeza.

—Caramba, yo había apuntado al pecho…

Flexionó el brazo izquierdo y, ayudándose con el derecho, pudo trepar al tejado nuevamente.

En efecto, el hombre contra el que acababa de disparar estaba muerto.

Un orificio en el centro de la cabeza sangraba poco a poco. El revólver seguía entre sus dedos crispados; no había llegado a soltarlo.

Jim recargó su «Colt».

—Había tenido la misma idea que nosotros —musitó—: sorprendernos desde aquí arriba. Y por poco lo consigue…

—¿Lo registro?

—Sí, pero date prisa. Seguro que el *sheriff* se presentará por aquí en cuestión de minutos.

Mientas Jim oteaba las sombras, ella vació los bolsillos del muerto. No había en éstos nada de interés.

—Yo diría que es un pistolero profesional —murmuró la muchacha—. Lo que no comprendo es cómo saben tantas cosas de nosotros.

—Eso mismo me gustaría averiguar a mí también.

Jim vigilaba especialmente el tejado desde donde suponía les habían lanzado la flecha. Y llegó a ver, en efecto, una confusa silueta que estaba semioculta allí.

Había unas cincuenta yardas de distancia. A pesar de la oscuridad, podía alcanzar a aquel tipo con su revólver.

Pero éste también le había visto. Y ahora no empleó el arco y la flecha, porque ya resultaba inútil actuar en silencio.

La bala de rifle atravesó el tejado entre las piernas de Jim. Éste pensó que por poco queda convertido en mujer sin darse cuenta. Y aquella clase de bromas no le gustaban.

El fogonazo le había guiado perfectamente. Levantó el revólver y disparó.

Dos veces.

Oyó un alarido, y su adversario resbaló tejado abajo. Inmediatamente después, se hizo el silencio.

—Marta…

—¿Qué hay?

—Vamos a largarnos de aquí y seguir viaje. Es ahora cuando la cosa se está poniendo fea.

—¿Lo dice por el *sheriff*?

—Si nos tiene detenidos, aunque sólo sea un par de días para interrogarnos, todo se va al diablo. Jackson ya debe llevarnos buena ventaja.

—Estoy de acuerdo contigo. Vamos.

—Tú pagas el hotel mientras yo ensillo los caballos. Te haces la ofendida y dices que no se puede dormir en un sitio así. Nos encontraremos junto a la cuadra.

Así, dejando la cuenta pagada, no nos exponemos a que el *sheriff* nos persiga por otro motivo.

—Me parece bien. Voy a bajar.

La muchacha descendió ágilmente, y Jim la siguió. Luego volvieron a entrar en el hotel por la ventana en cuyo alféizar estaba doblado un muerto.

El inquilino de aquella pieza, el llamado Mike, empezaba a despertar en aquel momento.

Lo primero que vio fue a la muchacha.

—Caramba, otra vez el mismo sueño… Ven a los brazos de Mike, cariño.

—Sí, pichón.

Había otra silla en la habitación. Esta vez Mike se puso la almohada sobre la cabeza.

—¡Nooo!

De poco le sirvió. La silla se hizo añicos y él volvió a quedar dormido.

Mientras ella descendía a la planta baja tras recoger la bolsa en que llevaba sus ropas y su revólver, Jim se hizo cargo de sus propios bártulos y luego volvió a salir por la ventana, dirigiéndose a la cuadra del hotel.

No vio al empleado. Mejor.

Distinguió los dos caballos y fue a colocar la silla sobre el lomo de uno de ellos.

Pero tuvo que detener el gesto porque en aquel momento algo frío y duro se clavó en su espalda.

CAPÍTULO IX

No cabía duda de que era un revólver. Ahora hacía falta saber quién lo empuñaba.

El joven alzó levemente las manos.

Notó que tiraban de la culata de su «Colt». Segundos después estaba más desarmado que un recién nacido.

—Apóyate en la pared.

Jim se estremeció. Le parecía haber reconocido la voz, pero no estaba seguro.

—¿En qué pared?

—En ésa.

Ahora sí que reconoció la voz. Y el estremecimiento se repitió porque nunca creyó tener tan mala suerte.

¡Era Robson!

¡Había caído en manos del hombre a quien más deseos tenía de matar en el mundo!

Pero por el momento no le quedaba más remedio que obedecer, y él lo hizo. Apoyó las manos en la pared, dejando que su enemigo le cacheara.

Luego sonó otra vez la voz de Robson:

—Vuélvete.

Lo hizo. Los ojos de los dos hombres se encontraron otra vez. Sus pupilas despedían un reflejo metálico.

—Lograste escapar muy bien aquella noche, Jim…

—Sólo hubo una cosa que me salió mal. Tenía que haberte matado a ti en lugar de matar a Joe.

—Me tienes aprecio, ¿verdad?

—Te odio como no he odiado a nadie en el mundo.

Robson rió silenciosamente.

—¿Duele la herida aún?

—Ya no me duele en el cuerpo, pero me duele en el alma. Y te diré una cosa Robson: el hombre que me ha hecho eso tiene que morir. Lo mataré con mis manos…

Otra vez se repitió la risita del ex capitán sudista.

—Pues no llevas camino de conseguirlo, muchacho…

—Aún no estoy muerto, Robson. Aún no sabemos quién de los dos tendrá primero encima cinco palmos e tierra.

—Tú.

Jim se mordió desesperadamente el labio inferior. Reconocía que eso era casi inevitable.

No veía ninguna posibilidad de escapar. El revólver le apuntaba a tres palmos de distancia, y Robson no era un tipo de los que se ponen nerviosos.

—Has intentado matarme antes y no lo has conseguido —dijo para ganar tiempo.

—¿Matarte yo?

—¿No eres tú el que ha organizado toda esa verbena?

—Lo único que he hecho ha sido seguirte hasta aquí. Los disparos son cosa de otros.

Jim entrecerró los ojos.

Sus suposiciones se confirmaban: Robson y su amiguita Leila le perseguían por un lado. Pero por otro había una auténtica banda organizada que quería acabar con él y con Marta. Lo que no comprendía era cómo ese segundo grupo había llegado a saber lo del oro.

De todas formas, ahora ya resultaba inútil pensar. La única ayuda en que podía confiar era la de Marta.

Ella contaba con un revólver. Si se presentaba allí inopinadamente y amenazaba a Robson…

Sí, era la única salida.

Le pareció oír un susurro junto a la puerta de la cuadra. Seguro que la muchacha, extrañada por su tardanza, se había acercado hasta allí.

Trató de disimular, de fingir indiferencia.

Vio que, en efecto, la figura de la muchacha se recortaba en el umbral. Ella hizo un gesto de extrañeza.

Y fue a sacar el revólver, pero en aquel momento, otra figura

apareció tras ella.

Era Leila.

Leila, que llevaba unas ropas oscuras y muy ceñidas, le clavó un revólver en la espalda.

—Quieta, preciosa…

Jim se dio cuenta de que la situación no tenía salida. Y para evitar que ella hiciese una locura, murmuró:

—No te defiendas, Marta.

—Eso es justamente lo que pensaba aconsejarle —dijo irónicamente Leila—. ¡Me daría tanta pena disparar contra una amiguita tuya! Vamos, muñeca, entra.

Ella obedeció.

También fue registrada, sin respetar en absoluto la intimidad de alguna de sus prendas. Cuando Robson se hubo convencido de que no llevaba ningún arma, susurró:

—Ahora, fuera.

—¿Qué vais a hacer con nosotros?

—Eso lo veréis muy pronto.

Los pusieron juntos, mientras ellos se situaban detrás con las armas preparadas. Fuera de la cuadra, a cierta distancia, vieron un carromato descubierto como los que muchas veces se empleaban para transportar los muertos al cementerio.

La muchacha susurró:

—¿Crees que…?

—No, no van a matarnos ahora. Tienen interés en que tú o yo hablemos antes. Necesitan saber dónde está oculto el oro.

La voz de Robson sonó secamente:

—Subid.

Obedecieron. Una vez sobre la plataforma del carro, notaron que el ex capitán se situaba a sus espaldas, apuntándoles. Leila, en el pescante, era la que iba a guiar el vehículo.

Salieron de la población por una calle lateral, sin llamar la atención de nadie. Jim vio que la luna estaba ahora bastante alta y eso le permitía distinguir el sendero que recorrían. Iban hacia el cementerio.

Bonito paseo…

Pero dejaron atrás el camposanto y se introdujeron por una zona de altos arbustos. Jim empezó a pensar en la posibilidad de saltar

repentinamente hacia ellos, pues ofrecían un buen escondite. Pero le detuvo el pensamiento de que quizá la muchacha no podría seguirle a tiempo. Y, además, ella maldita sea, iba vestida de blanco.

Sus ropas destacarían, a la luz de la luna, como una bandera.

Llegaron entonces a una zona pelada donde había unas rocas. Denver, cuyas luces se distinguían en la distancia, parecía quedar muy lejos.

—¡Abajo!

El carro se había detenido. La muchacha y él descendieron y quedaron quietos en tierra.

—Buen sitio para una ejecución, ¿no, Robson? —masculló Jim, mirándole a la cara.

—Sabes perfectamente que no voy a matarte aún.

—No, claro… Antes quieres una información.

—Tu inteligencia me admira.

—En efecto, soy un chico muy listo. Pero lo que mi gran talento no llega a comprender es cómo piensas obtener esa información que tanto necesitas.

—¿Tú no vas a dármela?

—Ni sueñes en eso.

—Recuerda que esta vez tengo en mi poder a una amiguita tuya.

—Sabía que los tiros irían por ahí, Robson. Pero es inútil, porque ella no es de las que se achantan.

—Bastará con que te achantes tú.

—¿Qué piensas hacer? ¿Marcarla también con un hierro?

—No. Aquí no puedo encender fuego. Pero la mataré a latigazos si tú no hablas. La mataré ante tus propios ojos.

Para demostrar que no hablaba en broma, descolgó el largo látigo de que estaba provisto el carro. Lo hizo oscilar sobre su cabeza y descargó un golpe sobre la muchacha, pero en la parte correspondiente a las rodillas.

Por si quedara alguna duda, quedó bien demostrado que aquel látigo, manejado por mano hábil, cortaba igual que una cuchilla. La falda de la muchacha se desgarró.

Ella tuvo un sobresalto, pero contuvo el grito que pugnaba por surgir de su garganta. Aunque de momento no había sufrido ningún daño, sabía lo que le esperaba.

Jim masculló:

—Puedes repetir el golpe todas las veces que quieras, maldito. Ella no hablará…

—Muy bien… Ya cambiarás de opinión cuando la veas hecha un guiñapo. ¡Espera!

El látigo volvió a ondear sobre su cabeza. Y se descargó sobre la espalda de la muchacha, cuyas ropas quedaron desgarradas.

Jim cerró un momento los ojos. Marta no tenía ninguna posibilidad de huir, porque estaba acorralada entre el carromato y el látigo de Robson.

Pero el joven no había pensado de ningún modo que aquello continuara así. Tenía un plan.

Confiaba en que Robson, cruel por naturaleza, se encegaría por el castigo propinado a la muchacha. Que habría un momento en que no vería más que aquello.

Y entonces habría llegado su oportunidad.

Ese momento se produjo antes de lo que esperaba. Fue justamente cuando la muchacha ya no pudo contener un gemido, después del tercer latigazo.

Robson lanzó una carcajada.

Empezaba a estar como ebrio, como enloquecido.

Llegó a olvidarse de que no estaba solo, y Jim se juró a sí mismo que aquello se lo haría pagar bien caro.

Saltó cuando Robson se disponía a propinar su cuarto latigazo.

El ex capitán gritó, mientras Leila disparaba. La bala solamente rozó a Jim, porque la verdad era que la amiguita de Robson también estaba distraída con el espectáculo.

Los dos hombres rodaron por el suelo. Robson gritó con voz ahogada:

—¡Tira! ¡Tira de una vez, Leila!

Los ojos de Leila brillaron. Comprendió que podía hacer algo mucho mejor.

Los dos hombres rodaban muy velozmente por tierra y se exponía a fallar el tiro. En cambio, la otra chica estaba quieta, apoyada en el carro y respirando dificultosamente a causa del dolor.

Le apuntó a la cabeza.

—¡Entrégate, Jim! ¡Suelta a Robson o le salto a ella la tapa de los sesos!

Pero Jim había pasado a la acción con todas las consecuencias. En una de sus rápidas evoluciones sujetó el tobillo de Leila.

Ésta cayó estrepitosamente al suelo, mientras disparaba. La bala solamente rozó a Marta.

Y Marta salió entonces de su marasmo, causado por el dolor. Comprendió que también se jugaba la vida.

Saltó sobre Leila rabiosamente, poniendo una rodilla sobre la mano que empuñaba el revólver y sujetándole el cuello.

Aquello fue solo el principio. Las dos mujeres se enzarzaron en una salvaje lucha a mordiscos y arañazos, mientras gritaban rabiosamente, igual que dos lobas.

Robson y Jim, entretanto, peleaban más silenciosamente, pero con redoblada ferocidad. Robson, acostumbrado a atacar por la espalda, no era tan fuerte como su enemigo, y pronto empezó a pagar las consecuencias de su falta de entrenamiento. Se sentía desbordado por todas partes. Cada vez que trataba de alzar la cabeza, recibía en ella un revés que le cambiaba la mandíbula de sitio.

Jim no estaba dispuesto a perdonarle.

Ahora era una fiera salvaje que no luchaba por su vida, sino por la culminación de su venganza.

Robson empezó a maldecir, y luego a gemir. Le resultaba imposible librarse de Jim, que ahora estaba encima suyo y le mantenía férreamente sujeto. Pronto las manos de acero de su antiguo subordinado le subieron hasta la garganta.

—¡Noooo!

Robson le sujetaba las muñecas, pero sus manos carecían de fuerza para apartar aquellos dos bloques de acero.

Empezó a patear.

Jim apretaba más y más, pero lo hacía lentamente. Diríase que no tenía prisa en hacer morir a Robson. Éste gemía entrecortadamente, mientras sus facciones se iban volviendo de un color violáceo.

—Tú tenías mucha fuerza con el látigo, Robson…

Y con el hierro candente… Prueba ahora a defender tu miserable piel de perro… ¡Prueba, maldito!

Los pataleos de Robson se iban haciendo cada vez más débiles.

Su cara era solamente una mancha morada.

El joven oyó de repente un largo «craac» entre sus dedos. Le había roto el cuello.

Con una mueca de asco, lo soltó.

Miró entonces hacia atrás, donde Marta acababa de hacer algo parecido con Leila.

Pero los ojos de Marta estaban trastornados. Parecían ahora los de una verdadera loca.

—¡Dios santo…!

—¿Has acabado con ella?

—No sé cómo ha podido ser… Yo sólo estaba golpeándole la cabeza contra…

—Sí, ya lo veo. Contra esa piedra. Pero tienes más fuerza de la que creías, Marta.

—Sólo quería dejarla sin sentido…

—Y lo has conseguido. Lo que ocurre es que estará sin sentido más tiempo del que pensabas.

Se puso en pie. No podía decirse que lamentaba la muerte de Leila.

Y mucho menos, la de Robson.

A éste había jurado exterminarlo. No hubiese vivido tranquilo hasta acabar con él.

Marta, que tenía las ropas completamente destrozadas, le miraba con ojos alucinados.

—Nunca había matado a nadie. No… No comprendo cómo he podido hacerlo.

—La primera cosa que se aprende en esta tierra es que entre la vida y la muerte hay muy poca distancia. Tú quizá debiste aprenderlo antes, muchacha. Y ahora sigamos nuestro camino en ese mismo carromato. Compraremos ropas y provisiones en la primera ciudad que encontremos a nuestro paso.

La muchacha asintió lentamente. Parecía no tener fuerzas ni para mover la cabeza.

Apoyó la cabeza en la plataforma del carro, donde poco antes había pensado morir, y se puso a llorar silenciosamente.

CAPÍTULO X

La travesía del desierto había resultado infernal. Ahora, cuando todo había concluido, no querían ni pensar en ella.

En lugar de tomar la ruta de diligencias, enfilaron un camino más corto. Pronto comprendieron que habían cometido un error, porque era mucho más arenoso, difícil y salvaje. Hubieran muerto cien veces de no ser por el carromato.

Paradójicamente, el vehículo arrebatado a Robson les sirvió para conservar la vida. Pudieron cargar en él no sólo alimentos, sino también gran cantidad de agua. Sobre dos caballos no hubiesen podido transportar todo aquello, ni muchísimo menos. Durante la travesía tuvieron alimentos en abundancia y, lo más importante, no carecieron en ningún momento de agua para ellos y para los dos animales que tiraban del carromato.

Ahora, la pesadilla había terminado.

Bueno, al menos eso pensaban ellos.

Estaban a la vista de Carson City.

Jim paseó la mirada por los relieves de la desordenada y tumultuosa ciudad y susurró:

—Hubo un momento en que creí que no llegaríamos aquí nunca. Me parecía imposible atravesar la mitad más salvaje de Estados Unidos, desde San Luis a este rincón de Nevada. Y aún en este momento me parece que estoy soñando.

Ella asintió silenciosamente.

Volvía a vestir ropas masculinas, y otra vez flotaba entre ellos dos aquella extraña indiferencia, como si no fuesen un hombre y una mujer, sino dos compañeros del mismo sexo.

—No han vuelto a perseguirnos —dijo, al cabo de unos instantes —. Eso significa que les hemos dado esquinazo.

—También creímos lo mismo al llegar a Colorado, y no fue así —musitó Jim—. He escogido una ruta más recta por el desierto no sólo para ganar un día, sino también para desorientar a cualquiera que nos persiguiese. No he visto a nadie, y, sin embargo, tengo la sensación de que esto no ha terminado. De que están sobre nuestras huellas.

—Pero ya hemos llegado al final. No podrán atacarnos —opinó ella.

—Más vale que sea así. Vamos.

Conduciendo el carromato a poca velocidad, atravesaron el círculo de tiendas de campaña y barracones que rodeaban a la ciudad. Parecían dos buscadores de fortuna de los muchos que llegaban allí diariamente. Pero llamaba la atención la belleza de Marta, a la cual muchos hombres, al pasar, dirigían miradas procaces. Y seguramente hubieran hecho algo más que mirarla de no ser por el revólver de Jim y por los ojos de acero de éste.

—¿Dices que Nora Wilson está enferma?

—Sí.

—¿Dónde?

—Hay un hospital aquí cerca.

—No creo que esta ciudad tenga ningún hospital decente.

—Esto lo fundaron los mormones, que ya sabes son gente ordenada. Mira, allí se distingue.

En efecto, en el lado oeste de la ciudad había un edificio más alto que los otros.

Estaba pintado de blanco y parecía limpio. Los dos detuvieron el carromato cerca de la entrada.

Marta exhaló un suspiro.

—Me parece increíble que haya podido regresar aquí —susurró—. Tengo la sensación de que hace ya un siglo que salí por esa puerta.

Jim la ayudó a descender.

—¿Qué debemos hacer ahora, Marta?

—Tienes que ver a Nora Wilson. Convencerla de que, al recoger ese oro, quieres ayudar al Sur.

—¿A ti te he convencido?

—A mí, sí. He llegado a conocerte bien y sé que eres un hombre honrado.

Jim parpadeó. Tuvo que desviar la mirada porque por sus ojos pasaba una expresión que no quería que la muchacha viese.

¿El un hombre honrado?

—Sí, sí…

¡Lo que él quería era apoderarse de aquel oro y salir a toda velocidad! ¡No se había metido en aquella maldita aventura para ayudar a la gente del Sur! ¡Estaría bueno!

Pero, por otra parte, le repugnaba defraudar la confianza que Marta había depositado en él. Ése era el lado más feo y más innoble de toda la aventura.

Al fin, se encogió de hombros.

Todas las aventuras tienen lados feos y lados innobles. Pero dentro de unas semanas, cuando estuviese gastando el oro a manos llenas, ya no se acordaría de aquello.

—¿Qué te pasa, Jim?

Ella le miraba con cierta suspicacia.

—Oh, nada, Marta… ¿Tú vas a acompañarme?

—Desde luego que sí. Entremos.

—Oye…, ¿y si Jackson ha llegado antes?

—La hija del coronel Wilson no habrá soltado prenda. No le habrá dicho dónde está el oro.

—En eso confío.

—¿Es que Jackson es un sinvergüenza que no quiere ayudar al Sur?

—Sí… Jackson resulta muy distinto de mí. Todo lo que yo tengo de desinteresado, él lo tiene de granuja.

—Celebro que tú seas de ese modo, Jim.

—Bueno, pues… Cada uno es como es, ¿no? Yo siempre he sido un tipo desinteresado. No me atribuyo ningún mérito.

Caminaron hasta la puerta. Allí, Marta se detuvo.

—Ahora lo recuerdo… No podemos entrar los dos juntos. Hay un pabellón para mujeres y otro para hombres. Éste es justamente el de hombres. Yo he de entrar por el otro.

—¿Y dónde nos encontraremos?

—Hay una parte central que corresponde a las dos secciones. Te conducirán allí, igual que harán conmigo. Luego seguiremos juntos.

—Bien…

Se separaron. Jim entró en el edificio, que tenía un vestíbulo

blanco. Todo olía allí a desinfectante, de un modo que casi daba náuseas.

Un hombre vestido con un delantal blanco se acercó a él.

—¿Qué quiere, amigo?

—Necesito hablar con la señorita Nora Wilson.

—No será posible.

—¿Por qué no?

—El hospital está en cuarentena. Nadie puede entrar ni salir. Tenemos peligro de epidemia.

—¡Diablo!

—Deberá volver dentro de unos días.

—Pero… es que yo he recorrido la mitad del país para hacer esta visita.

—Lo siento, no es asunto mío.

—Tiene que haber algún modo de arreglarlo…

—No hay ningún modo.

Jim se mordió el labio inferior.

Empezó a considerar seriamente la posibilidad de atizarle un porrazo al tipo del delantal blanco. Parecía estar solo. Si le dejaba sin sentido durante unos minutos, él podría entrar tranquilamente.

Pero al mirar en torno suyo vio que no estaba solo. Un gigantesco indio, el hombre más fuerte que había visto jamás, ocupaba uno de los ángulos del vestíbulo. Parecía, por su inmovilidad, un tótem, una de las divinidades de su raza. No movía un músculo, pero sus ojos sí que se movían. Estaban pendientes de todos los movimientos de Jim, vigilándolo.

El joven se dijo que podía cargarse al del delantal blanco, pero no a los dos. El indio solo ya daba trabajo para una semana.

¡Diablos, qué gigante! Otra vez volvió a pensar que en su vida había visto nada igual.

Decididamente, no podía emplear la táctica del trompazo.

—Seguro que usted sabe algún procedimiento —murmuró—. Esta visita es vital para mí.

—¿Dice que ha atravesado medio país?

—Sí.

—Bueno, tal vez pueda hacer algo…

—Es lo mismo que ha tenido que hacer un tipo parecido a usted y que ha llegado esta misma mañana.

—¿O… otro hombre?

—Ajá. Y también había recorrido medio país.

—Di… diablos.

—¿Le sorprende?

—No, no… Al contrario, me da usted un alegrón. De modo que Jackson ya ha llegado…

—Sí. Precisamente dio ese nombre: Jackson. A estas horas debe estar hablando con la señorita Wilson.

—Estupendo… Dígame lo que he de hacer. Estoy ardiendo en deseos de hablar con esa señorita.

—Tendrá que tomar un baño desinfectante.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso. Al entrar y al salir.

—Podía haberlo dicho antes. ¡Manos a la obra!

Puso entre los dedos del empleado un billete de a diez dólares y dirigió una mirada de soslayo al indio, que seguía inmóvil y parecía más que nunca un tótem.

Tras atravesar una sala vacía parecida al vestíbulo, entraron en otra más pequeña, cuyo techo era de cristales. Casi todo el suelo de ésta estaba ocupado por una gran piscina que despedía un penetrante olor.

—¿Qué diablos es eso?

—Es una mezcla de aldehído fórmico, cloro y otras sustancias. Después se remoja con agua de la que sale por ese chorro, para evitar el olor, y puede vestirse de nuevo. Al salir, tendrá que hacer lo mismo.

—¿Todo eso por qué?

—Ya le he dicho que estamos en cuarentena. Hay peligro de epidemia.

Jim se encogió de hombros.

—Bien, me daré el chapuzón…

—No meta la cabeza en el líquido. Si lo hiciese, se le irritarían los ojos.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

El empleado iba a desaparecer cuando Jim le habló de repente:

—Oiga…

—¿Qué?

—Conmigo venía una señorita. ¿También tendrá que hacer lo

mismo?

—En el departamento de mujeres hay una sección igual que ésta.

—Ah… Ya comprendo.

—Olvidaba decirle lo que debe hacer luego. Una vez se haya vestido nuevamente, salga por esa puerta y encontrará un pasillo. En la habitación número ocho, a la izquierda, está la mujer que usted busca.

—De acuerdo.

Jim quedó solo.

Poco habituado a los métodos de los hospitales, todo aquello le parecía curioso y hasta divertido. Lo único que le fastidiaba era el penetrante olor del líquido que había en la pileta, y que casi le obligaba a lagrimear. Pero, por otro lado, salía un generoso chorro de agua que le dejaría como nuevo.

Al fin y al cabo, no tenía por qué quejarse. Estaba al final de su aventura.

Todo había salido bien. Podía dejar las precauciones a un lado, olvidarlas para siempre.

Se desnudó y se introdujo en el líquido. Éste le cubría hasta el cuello, y eso que él era alto. Un fulano bajito no hubiese tenido más remedio que nadar.

La mezcla desinfectante hacía que los ojos le lagrimearan cada vez más.

Notó que la herida causada por la salvaje marca hecha al fuego le escocía fuertemente. También le escocía, aunque no de un modo tan intenso, toda la piel. Se preguntó cuánto tiempo tendría que permanecer allí.

Vista desde la superficie del líquido, la habitación parecía enorme. Cualquiera que entrase allí tendría, sin duda, el aspecto de un gigante.

Pero nadie entraba. Todo estaba tan solitario como el desierto que habían atravesado para llegar hasta allí.

Aquello era muy aburrido.

¡Y aquel olor tan penetrante, tan molesto…!

¿Qué ocurriría si por un momento se desvaneciera, si llegara a desmayarse?

Pero eso no era fácil. Aquel olor del líquido no atontaba, sino

que más bien excitaba un poco.

Puesto que había permanecido quieto en un lado de la pileta, resolvió nadar hasta el otro para distraerse un poco.

Jim nadaba muy bien. Lo único que debía procurar era que el líquido no le salpicara a los ojos.

Lo hizo.

Tocó de nuevo fondo y decidió salir. La broma ya había durado bastante. Debía estar bien desinfectado, si era eso lo que querían.

De pronto, todo su cuerpo sufrió un calambre.

¿Qué era aquello?

La sensación la había tenido en su pie derecho, al tocar de nuevo el fondo. Una sensación inexplicable.

Pero un segundo después, la idea se había hecho clara en su cerebro.

Había alguien en el fondo de la pileta, debajo del líquido completamente opaco.

Un cuerpo humano.

Jim se estremeció de nuevo. Respiró ansiosamente, inhalando aquel olor picante, que llegaba hasta el fondo de los pulmones.

Su pie derecho se movió un poco. Volvió a tocar aquella cosa blanda e inmóvil.

No cabía duda de que se trataba de un cuerpo humano. Un cadáver.

Alguien que había encontrado una muerte horrible en el fondo de aquel líquido indefinible y casi repulsivo.

La reacción inicial de sorpresa del joven ya había sido superada. Se daba cuenta de que ahora tenía que actuar.

No le quedaba más remedio que sacar aquel cuerpo para saber de quién se trataba. Podía ser un accidente, desde luego. Quizá no había nada oscuro detrás de aquella muerte.

Pero para eso no le quedaba más remedio que hacer lo que le habían aconsejado que no hiciese: introducir la cabeza bajo el líquido.

Se decidió. Respiró hondamente y se sumergió hasta el fondo.

Tenía que mantener los ojos abiertos, pese a que no veía abajo más que confusas sombras.

En seguida sintió que la picazón llegaba hasta el fondo del globo ocular. Se dijo que no podría resistirlo.

Era como sentir abrasadas las pupilas, como quedarse ciego.

Tocó el cuerpo humano encogido en el fondo, lo sujetó bien y lo subió a la superficie. Una vez allí, trató de mirar.

Al fin, entre sus lágrimas, pudo distinguir las facciones del cuerpo que sostenía entre sus brazos, y lanzó un gemido de horror.

Porque aquel cuerpo era… ¡el de Jackson!

CAPÍTULO XI

No se trataba de un accidente casual. Jim lo comprobó al notar el fuerte hematoma que su amigo tenis en la nuca.

Le habían golpeado con algo contundente, haciéndole perder el sentido y dejando que luego se ahogara en el interior de aquella mezcla repugnante.

Tuvo que cerrar los ojos de nuevo.

En parte, la picazón le impedía tenerlos abiertos. Y en parte, el gesto fue ocasionado por el asombro y el dolor que sentía.

Fue entonces cuando oyó que algo rasgaba el aire.

Se ladeó instantáneamente, con aquella rapidez de reflejos que le había salvado tantas veces y que siempre fue su mejor aliada. El objeto contundente pareció estallar en el agua, muy cerca de su nuca.

Abrió los ojos, a pesar de que seguían escociéndole horriblemente, y miró.

Vio ante él un individuo de facciones brutales, pero que vestía con cierta elegancia. Aquel individuo llevaba un arma muy similar a las usadas en la pampa argentina, y que en aquellas circunstancias debía resultar de efectos contundentes y decisivos.

Consistía en una cadena, al extremo de la cual había una pesada bola de hierro.

Bastaba recibir en la cabeza el contacto de aquella bola para quedar, por lo menos, sin sentido. Era eso lo que le había ocurrido a Jackson.

Y con él acababan de fallar sólo por centésimas de pulgada. ¡Pero iban a repetir el golpe!

Se echó hacia atrás, hacia el lado opuesto de la pileta.

Su enemigo, con los ojos desencajados, maniobró haciendo

oscilar la cadena. Llegaba perfectamente hasta el lugar donde estaba Jim. Éste no podía colocarse en ningún lado sin correr el riesgo de que le alcanzasen.

La bola de hierro rasgó el aire.

A Jim no le quedaba más remedio que moverse en el último segundo, cuando su enemigo ya no pudiera rectificar. Lo hizo cuando la bola ya estaba a punto de tocar su cabeza.

Los azulejos de la pared saltaron hechos añicos. Jim sintió frío hasta en el fondo de sus huesos.

La tensión de sus nervios era insoportable.

No podría resistir indefinidamente en aquella situación. Esquivar un golpe era muy difícil; esquivar tres o cuatro, resultaría imposible.

¡Tenía que salir!

¿Pero cómo? Su enemigo le desharía a golpes en cuanto él dejara de esquivarle para concentrar sus esfuerzos en otra cosa. No tenía escapatoria.

El desconocido rió silenciosamente.

La cadena oscilaba, colgando de su mano derecha, como un péndulo fatídico.

—No saldrás de aquí… —La voz del desconocido era chirriante y metálica—. ¡Te ahogarás como el otro, con la única diferencia de que habrás sufrido más!

Jim sabía que eso era cierto.

No veía medio humano para evitar su muerte.

La bola vino otra vez a su encuentro. ¡Y de nuevo logró esquivarla!

Los azulejos de la pared saltaban hechos pedazos. Temblaban como sacudidos por un terremoto.

Jim, al chapotear, tenía que arrojar forzosamente sobre sus propios ojos gotas de aquel líquido irritante.

Apenas podía ver.

Y de pronto, en fracciones de segundo, tuvo la idea. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Si era su única salida!

Con la mano derecha lanzó líquido a los ojos de su adversario. Éste, sorprendido, los cerró un momento.

—¡Maldito…!

No cabía duda de que la mezcla líquida le había irritado las

pupilas. Durante unos breves instantes se frotó enérgicamente los párpados.

Estaba fuera del alcance de Jim. Éste no podía nada contra él, excepto arrojarle más líquido de aquél a la cara, cosa que en adelante no le pillaría ya por sorpresa Estaría prevenido.

Pero no contó con que la bola de hierro reposaba ahora en el suelo, a poca distancia de la piscina. Y que Jim podía sujetarla con sus manos.

Eso fue lo que hizo. La sujetó y tiró de ella.

Su adversario lanzó una salvaje maldición al perder el equilibrio. Como llevaba la cadena enrollada a la muñeca, no pudo evitar el tirón. Se vino abajo.

De todos modos, no hubiera caído a la pileta sin la ayuda de Jim. Éste le sujetó por los hombros y tiró brutalmente de él.

Se oyó un alarido que quedó cortado inmediatamente. El asesino tragó una bocanada de líquido.

Jim le sujetó por detrás, por el cuello, con una mano, y con la otra le mantuvo la cabeza bajo la superficie.

El otro se defendió a salvajes puntapiés. Jim tuvo que soportar el terrible dolor que los impactos le causaban. Los tobillos son puntos muy sensibles, y por si fuera poco, el otro llevaba espuelas. El joven sentía la sangre correr por sus pies, sentía que las heridas llegaban hasta sus huesos.

Pero no cedió.

Mantener a su enemigo con la cabeza bajo la superficie era su única y su última oportunidad. No podía desfallecer.

Poco a poco, los golpes se fueron haciendo más espaciados. También tenían menos fuerza.

Las manos de su enemigo salieron del líquido. Se contorsionaban en el aire.

Estaba dando las últimas boqueadas. Moría como había hecho morir a Jackson.

Jim le soltó de pronto. Sabía que el otro ya no lograría salir por sí mismo.

En efecto, el cuerpo de su enemigo se deslizó hasta el fondo como una cosa fofa y dócil. Quedó allí quieto, casi abrazado a Jackson.

Jim respiró con, cansancio.

Casi no podía creer que estuviera vivo.

Vio que el líquido iba tiñéndose poco a poco de rojo, y se dio cuenta de que era a causa de su propia sangre. Tenía que salir de allí y vendarse de algún modo.

Se sentó en el suelo, una vez estuvo fuera. Aún le costaba respirar, a causa de la picazón que las emanaciones del líquido causaban en su garganta, y los ojos seguían escociéndole horriblemente. Apenas podía ver.

Las heridas eran profundas. Hizo tiras de uno de sus pañuelos y se las vendó.

Sólo tenía una ventaja, y era que resultaba muy difícil que se le infectaran. Estaban impregnadas de aquel líquido picante.

Se lavó el resto del cuerpo en el chorro de agua. La sensación de escozor fue desapareciendo. Al cabo de unos instantes se sentía ya casi bien y empezó a vestirse.

Oyó pasos junto a la puerta.

El tipo del delantal blanco entró.

—¿Pero aún está usted así?

Denotaba un sincero asombro. Jim pensó que debía ignorar lo ocurrido. Sin duda no era responsable de la horrible muerte de Jackson y de la que había estado a punto de amenazarle a él.

El empleado masculló:

—¿Pero aún está así? ¿Cuánto tiempo pensaba que había de permanecer en el líquido?

—Usted no me lo dijo.

—Estando demasiado tiempo ahí, corría el peligro de que se le irritaran los ojos. Bueno, veo que ahora ya ha salido. Vístase y marche de aquí cuanto antes.

—De acuerdo.

El otro se largó.

Ni por asomo había imaginado que debajo de la superficie casi opaca de aquel líquido había ya dos muertos.

Jim terminó de abotonarse la camisa, al encontrarse sólo de nuevo.

Varias preguntas rondaban su cráneo. Una de ellas era ésta: ¿de dónde había salido el asesino, si el empleado del vestíbulo ignoraba su presencia? ¿Quién más estaba complicado allí?

¿Marta?

No, no… Pensar en eso era absurdo.

Pero la idea trajo a su recuerdo el hecho de que ella debía estar en una pileta semejante, la reservada a las mujeres. ¿Qué podía haberle ocurrido? ¿Acaso alguien tenía orden de acabar con ella también?

Abrió la puerta que le habían indicado y vio las puertas de que el empleado le habló.

Todas estaban cerradas. Al otro lado del pasillo vio una puerta más ancha, cerrada también.

Se dirigió hacia allí.

De su mano derecha colgaba la cadena con la bola de hierro que había utilizado su enemigo.

Abrió aquella puerta. Y lo que pudo ver entonces hizo que se desorbitaran sus ojos.

La habitación era análoga a la que él había dejado atrás. También había una pileta, aunque algo más pequeña. Y en la pileta, teniendo hasta el cuello aquel líquido irritante, se encontraba Marta.

No estaba sola.

Haciendo oscilar sobre su cabeza una cadena con otra bola de hierro, se hallaba un individuo a quien no había visto jamás. También vestía con cierta elegancia, como el que había tenido que matar poco antes.

Por lo visto acababa de fallar un golpe, porque parte de la pared estaba desconchada. Pero no fallaría el segundo.

Se disponía a asestarlo ya. Una sucia sonrisa torcía sus labios.

Jim no podía perder un segundo. Levantó la cadena y descargó su golpe.

Pero no era práctico en el manejo de aquella clase de armas. La bola de hierro no salió despedida con la fuerza suficiente. Sólo golpeó en el hombro de su enemigo, que se volvió con un gesto de sorpresa y de dolor.

Lanzó una imprecación. El golpe que iba a descargar sobre Marta cambió de destino.

La bola, lanzada con maestría, fue directa a la cabeza de Jim. Este pudo ladearse en el último segundo, pese a lo cual la masa metálica le rozó la sien.

Todo pareció estallar en su cabeza.

Sintió que la habitación entera daba vueltas y notó que el líquido de la pileta se acercaba vertiginosamente a sus ojos.

El pensamiento pareció llegar hasta él desde muy lejos. «Voy a caer. Me ahogaré como Jackson…».

Un último vestigio de fuerza, una postrera rebelión de su instinto le hizo reaccionar. Comprendió que aquello era el fin.

Y sería el fin para Marta, si él no se salvaba. Justo cuando ya se desplomaba hacia el líquido, logró enderezarse y mantener el equilibrio sosteniéndose en el borde mismo de la pileta.

Su enemigo masculló:

—¡No escaparás!

La bola de hierro volvía a surcar ya los aires. Jim se dejó caer a tierra.

Varias baldosas más saltaron. Ahora la bola parecía haber hecho explosión junto a sus piernas.

Levantó una de ellas y propinó a su enemigo un punterazo en el bajo vientre. El otro se encogió.

Aquellos segundos de respiro eran todo lo que necesitaba Jim. Se lanzó hacia adelante sujetando la cadena con las dos manos.

Ahora no trataba de golpear a su enemigo con la bola. Quería hacer algo mucho más sencillo.

Estrangularle con la cadena.

Antes de que el otro pudiera reaccionar, ya se la había pasado por el cuello. Tiró de ambos extremos.

Su enemigo lanzó un rugido de rabia. No había querido emplear el revólver hasta entonces para no causar ruido, pero ahora estaba dispuesto a lo que fuese.

La derecha voló hacia el «Colt».

Jim no podía evitarlo porque tenía las dos manos ocupadas. Lo único que podía salvarle era la fuerza… ¡y la empleó!

Su tirón fue brutal. Bastó para romper en unos segundos el cuello de su enemigo.

Éste se desinfló de repente como un globo pinchado. Su cuerpo se hizo blando y fofo. La mano que sostenía el «Colt» quedó desmadejada en el aire, y el revólver cayó a tierra.

Jim soltó también los extremos de la cadena. Bruscamente parecía como si las fuerzas le hubiesen abandonado.

Como un soplo susurró:

—Está bien… Ya basta de muertes.

Se apoyó en la pared y miró a Marta. Ésta seguía con el líquido opaco cubriéndole hasta el cuello. Sus ojos asustados parecían no poder posarse en ningún punto fijo.

—¡Dios santo…! —musitó.

Jim preguntó con voz lenta:

—Te ha pillado por sorpresa, ¿verdad?

—Sí. Yo ni podía sospecharlo.

—No te preocupes. Ya no te molestará más.

—Pero… ¿por qué?

—Otro ha intentado hacer lo mismo conmigo.

—¿Y está muerto?

—Junto con Jackson.

—¿Es que a Jackson…, lo habían matado también?

—Estaba en el fondo de ese líquido desinfectante. El no tuvo ocasión de defenderse.

—Todo esto es terrible, Jim… Y tengo que preguntar lo mismo. ¿Por qué lo hacen?

—No lo sé, pero supongo que estorbamos.

—¿A quién?

—A los mismos que han intentado ya matarnos varias veces. No me refiero a Robson y su amiga, que formaban un grupo aparte. Me refiero a los demás, a los que han estado varias veces a punto de enviarnos al otro barrio.

—Sí, pero ¿quién los dirige?

—Si lo supiera, Marta, tendría resuelto un importante problema. Ahora nada te puedo decir.

Añadió con voz que quería ser tranquilizadora:

—¿No sales?

—Estoy desnuda…

—No te preocupes; volveré la espalda.

Lo hizo. Oyó el ruido del líquido al salir el cuerpo de la muchacha.

Luego percibió también el rumor del chorro de agua al caer sobre su piel. Marta aún respiraba fatigosamente, como si acabase de terminar una larga carrera. Sus dientes castañeteaban incluso.

A continuación percibió un roce de sedas. Ella se estaba vistiendo.

—¿Estás lista?

—Sólo un momento, por favor.

—Ahora habrá que ver a Nora Wilson. Supongo que padece una enfermedad grave cuando está aquí.

—Muy grave. Decían que tenía un principio de tuberculosis ósea, pero se está reponiendo.

Jim paseó una mirada en torno suyo.

—Este local debe haber costado mucho dinero —murmuró—. Y está equipado con sistemas bastante modernos, para lo que permite nuestra época. ¿Quién lo paga? ¿La junta de vecinos de Carson City?

—No. Todo esto lo costean unos cuantos mineros enriquecidos. Dicen que es un deber de conciencia.

—Pues por poco nos dejamos nosotros la conciencia y además la piel. En fin, vamos a ver a Nora Wilson.

Salieron de nuevo al pasillo.

Éste se hallaba silencioso. Las puertas seguían cerradas. Daba la sensación de que ni un átomo de polvo se había movido desde que Jim lo vio por primera vez.

—¿La habitación ocho?

—Sí, allí es.

Los dos se acercaron. Fue Jim el que golpeó con los nudillos en la puerta.

—Adelante —dijo una voz.

Era una voz suave, femenina. Casi dulce.

Jim empujó la hoja de madera. Vio entonces por primera vez a la mujer para encontrar a la cual había recorrido la mitad del país, exponiéndose tantas veces a la muerte.

No era ni bonita ni fea. Era una de esas mujeres por cuyo lado se pasa sin recordarlas. No había nada en ella que llamara la atención, excepto sus ropas demasiado ceñidas y su cuello seco y largo.

Bueno, también había algo más.

El revólver que empuñaba en su mano derecha.

CAPÍTULO XII

Jim apenas tuvo tiempo para lanzarse de costado. La bala atravesó el centro de la puerta, justo por el espacio que antes ocupaba su cuerpo. Un segundo balazo mordió la jamba, a una pulgada de su cabeza.

Los dientes del joven rechinaron. Era una de las situaciones más inesperadas y peligrosas por las que había pasado en su vida.

Pudo haber disparado a través de la funda; pudo haber sido más rápido que aquella mujer, pero no se atrevió a disparar contra ella. Sus músculos permanecieron en una inmovilidad, en un marasmo que presagiaba la muerte.

Aquella extraña mujer levantó el revólver de nuevo.

Sus ojos destilaban odio.

—¡Habéis llegado hasta aquí! —masculló—. ¡Pero ninguno de los dos saldréis vivos! ¡Ni tú ni la hija del coronel Wilson!

La increíble frase dejó atónito a Jim.

La hija del coronel… ¡Entonces no era la que tenía ante sus ojos!

¡Era la otra! ¡Era Marta, cuyo verdadero apellido debía ser el de Marta Wilson!

Pero aquella indecisión, aquella sorpresa resultaban fatales para él.

Por primera vez sus reflejos fallaban.

La mujer que estaba frente a él volvió a disparar, y esta vez supo el joven que nada le libraría del balazo. Pero siempre puede ocurrir lo inesperado, incluso en las situaciones que se ven más claras. Un brazo se interpuso de repente en el camino del plomo.

Jim estuvo a punto de lanzar un grito. Vio confusamente que era el brazo de Marta.

La bala hizo saltar un chorro de sangre hacia la blanca pared

encalada. La otra, con una imprecación de rabia, se dispuso a disparar de nuevo.

Pero ya Jim había reaccionado, saliendo de su asombro. La sujetó y retorciendo aquella mano, la obligó a soltar el revólver.

La mujer cayó al suelo como una cosa desmadejada.

Pero allí seguía revolviéndose. Intentó gatear hacia el revólver, que había quedado en el suelo.

Jim tuvo que sujetarla y lanzarla sobre la cama.

—¿Quién es esta mujer, Marta? —susurró—. ¿Quién? ¿Por qué dijiste que se trataba de la hija del coronel?

—Ella se llama Nora, pero nada tiene que ver con mi padre —dijo Marta con voz ahogada—. La verdadera hija del coronel soy yo. Mi nombre es Marta Wilson.

—¿Por qué me mentiste?

—Quería saber qué clase de hombre eras. Necesitaba convencerme antes de decir que era la hija del coronel.

Se apoyó en la pared. La sangre seguía resbalando por su brazo herido.

—Eso puede ser grave. Ven… Aquí no debe ser difícil encontrar un médico.

No podría olvidar jamás que ella le había salvado la vida. Sentía una emoción honda, lacerante, que le hacía daño.

Se dio cuenta de que su existencia, por muchas cosas que ocurrieran, ya no podría estar desligada de la de aquella mujer.

Pero ella no se movió.

—Nunca creí que Nora quisiese eliminarnos —musitó Marta—. No podía ni imaginar que todos aquellos hombres siguieran sus órdenes. Ella era la única que conocía nuestra ruta y nuestras intenciones. Por tanto, sólo ella podía haberlos enviado contra nosotros, pero yo no podía creerlo. ¡Dios santo…! Ella era mi mejor amiga. Pero una vez muerta yo, se quedaba con esa fortuna…

Con aquellas palabras se habían distraído.

Ninguno de los dos se dio cuenta del brillo febril de los ojos de Nora. Y de que desde la cama había tendido todo su cuerpo, alargando el brazo hacia el revólver que seguía descansando en el suelo.

Logró sujetarlo.

Su mirada febril se posó en la puerta.

Era evidente que pronto vendría alguien, atraído por los disparos, pero aún tendría tiempo de apretar el gatillo un par de veces. Dos balas certeras… Era justo lo que necesitaba.

Fue Marta la que la vio.

Su cuerpo se tensó en el último instante. A pesar de su brazo herido logró sujetar la mano con la que Nora empuñaba el arma. Tiró de ella hacia arriba y hacia atrás, con toda la fuerza que le fue posible. El cañón del arma pasó por delante de la cara de Nora.

Confió en que ésta no dispararía, en que soltaría el revólver otra vez. Pero se equivocó.

Nora estaba demasiado rabiosa para comprender el peligro que ella misma corría. Apretó el gatillo nerviosamente, de una forma maquinal, pensando que aún podría eliminar a la que había sido su mejor amiga.

Marta lanzó un gemido ronco mientras veía caer el cuerpo que había sostenido entre sus brazos. Como en un sueño, tardó en darse cuenta de la terrible realidad.

Nora estaba muerta.

La bala que ella misma acababa de disparar, le había atravesado el cráneo.

Los ojos de Marta se llenaron de lágrimas. Pero aquél era un llanto inútil, un llanto que ya sólo servía para descargar su dolor. Porque el destino había querido que la mujer que tantas veces intentó asesinarla se eliminara a sí misma, que acabara tomando una ración de su propia medicina.

Jim también estaba consternado.

No sabía qué pensar, ni mucho menos qué decir. Jamás había esperado ni deseado aquello.

La puerta se abrió en ese momento. El gigantesco indio, que antes había visto en el vestíbulo, apareció en el umbral.

Jim lo miró durante unos dramáticos momentos. No supo si lanzarse sobre él o mantenerse a la expectativa.

Ignoraba si el gigante era amigo o enemigo. Si podía confiar en él o si, por el contrario, debería defender su vida.

Al fin decidió no moverse. El indio avanzó hacia él.

Una de sus enormes manazas subió hasta su camisa. Fue a sujetar por ella a Jim, pero éste se apartó en el último momento.

Movía ya el brazo para largar un gancho al mentón del indio

cuando de repente se detuvo. Fue al ver la expresión atónita de los ojos de éste.

Al principio no supo qué era lo que miraba.

Luego se dio cuenta. Al sujetarle el indio por la camisa, ésta se había abierto, dejando al descubierto la marca que le habían grabado en el pecho. Y era eso lo que le llamaba la atención.

El rostro del indio reflejaba asombro. Y respeto.

A primera vista eso era inexplicable.

—Tengo que darle… Tengo que darle el oro —balbució.

Jim casi no podía creerlo.

Estaba tan asombrado que necesitó mirar a Marta. Y a pesar de que ésta se encontraba a punto de sufrir un *shock* nervioso, tuvo la suficiente serenidad para murmurar:

—Gato Rojo, este sioux era uno de los más fieles amigos de mi padre. Por eso él le confió el oro.

—¿Y no te lo hubiera dado ni a ti?

—Posiblemente sí, pero hubiera tenido que disipar muchos recelos todavía. Por eso te dije que, una vez llegáramos aquí, no estaba todo hecho aún. Que había que ir al sitio donde el oro estaba, un sitio al que no podía llegar sola. Gato Rojo nos hubiera acompañado, caso de estar convencido de que esa fortuna iba a ser empleada en una causa justa. Lo que no comprendo…

Vaciló un momento. Pareció como si fuera a perder el sentido.

Pero se rehízo y continuó:

—… Lo que no comprendo es por qué a ti, que no te conoce, está dispuesto a entregártelo tan fácilmente.

—El llevar marca del regimiento —dijo el indio—. Llevar de modo que no engaña. No haber podido robarla. Y coronel decir que yo fiarme siempre de los que llevar esta marca.

Jim sólo pudo balbucir:

—¡Dios santo!

Ahora caía en la cuenta. El ex capitán Robson le había marcado con el hierro que tenía más a mano, mejor dicho el único que tenía a mano; uno de los que servían para marcar caballos en el regimiento. Sin darse cuenta le había concedido con aquello una credencial para retirar el oro.

De pronto, Jim suspiró.

Se sentía muy cansado, pero ya todo estaba hecho. Todo había

salido mejor de lo que soñó. No sólo estaba vivo, sino que tenía el dinero prácticamente en sus manos. Ahora aquel gigantesco indio le obedecería. No necesitaría ni siquiera dar explicaciones a Marta.

¡Todo era suyo!

No necesitaba más que salir de allí. Hacerse acompañar por el indio al lugar donde el oro estaba.

¿Pero por qué se mantenía quieto? ¿Por qué diablos no aprovechaba la ocasión?

¿No era un sinvergüenza?

¿No lo había sido siempre?

¿Pues a qué esperaba?

El propio indio le animó:

—¿Vamos, señor?

Pero Jim no pudo creer en sus propias palabras cuando éstas salieron de los labios.

—No vamos a ninguna parte.

—¿Es que no ha venido a retirar el oro, señor?

—El oro se quedará donde está. Prefiero ignorar su paradero. Más adelante, cuando todo se normalice y el odio de la guerra empiece a extinguirse, lo entregaremos al gobernador de uno de los estados del Sur que más hayan sufrido con la guerra.

Se palpó su propio cuerpo.

Diablos, ¿era él mismo quien decía aquello? ¿Estaba soñando?

¡Si hasta le había salido un discurso bonito!

El indio musitó:

—Como quiera, señor.

Y Jim acarició los cabellos de Marta. Los cabellos de una mujer que estaba llorando.

Pero sabía que eso no iba a durar mucho.

El haría olvidar a aquella mujer cualquier pena. ¡Para algo había de servirle haber sido un fresco!

La atrajo hacia sí y la apretó contra su pecho.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que ser hombre honrado trae muchas complicaciones. La primera empieza con el matrimonio…

FIN